



República Bolivariana de Venezuela
Universidad Monteávila
Facultad de Ciencias de la Comunicación e Información
Escuela de Comunicación Social

ANDRÉS ELOY BLANCO EN LA MEMORIA

Proyecto final como requisito parcial para optar al Título de Licenciado en Comunicación Social

Elvira Blanco Santini

Profesor Coordinador: Ricardo Ramírez Requena

Caracas, **8 de marzo de 2013**



APROBACIÓN DEL TUTOR

Quien suscribe *RICARDO RAMIREZ REQUENA*, Tutor del Trabajo de Grado *ANDRÉS ELOY BLANCO EN LA MEMORIA*, elaborado por *ELVIRA BLANCO SANTINI*, considera que el mismo reúne los requisitos exigidos por la Universidad Monteávila, y tiene méritos suficientes como para ser sometido a la presentación y evaluación por parte del jurado examinador que sea designado.

En la ciudad de Caracas, a los días del mes de de 20

Nombre: _____

(Firma) _____

Tutor

AGRADECIMIENTOS Y DEDICATORIA

Quiero agradecer a Luis Felipe Blanco por ser una bitácora viviente, más precisa y detallada que cualquier fuente bibliográfica, y por su vocación desde que tengo uso de razón a llenar mi cabeza de imágenes maravillosas relacionadas con “el exilio dorado” y la figura de Andrés Eloy Blanco. También a mi tío Andrés Eloy le agradezco no sólo su disposición a responder mis preguntas, sino el afán, cariño y entusiasmo que, igual que mi papá, siempre ha invertido en mantener viva la figura de Andrés Eloy padre, que espero haber logrado retratar y compartir con éxito.

Dedicado con amor infinito a Luis Felipe Blanco Pérez, que también era poeta.

República Bolivariana de Venezuela
Universidad Monteávila
Facultad de Ciencias de la Comunicación e Información
Escuela de Comunicación Social

ANDRÉS ELOY BLANCO EN LA MEMORIA

Elvira Blanco Santini

Profesor Coordinador: Ricardo Ramírez Requena

RESUMEN

Andrés Eloy Blanco en la memoria busca constituir un recuento de una etapa de la vida del poeta y político venezolano Andrés Eloy Blanco a través de los recuerdos de sus hijos Luis Felipe y Andrés Eloy, específicamente aquellos referentes a la época del exilio mexicano, comprendida entre 1949 y 1955. La realización del trabajo responde, en primer lugar, a la escasa bibliografía sobre los últimos años de vida de Andrés Eloy Blanco, a la ausencia de una investigación periodística de corte anecdótico cuyo centro fuese la figura de Andrés Eloy padre en la memoria de sus hijos, y a una inquietud personal de la autora por recopilar las historias que desde la infancia ha escuchado de boca de su padre y su tío; debido a esas circunstancias, se trata de un aporte valioso a las fuentes referenciales existentes sobre Blanco y sobre el exilio venezolano en México durante el perezjimenismo. Se tomó como objetivo general la recopilación de anécdotas íntimas de los hijos del poeta, que reflejaran una dimensión de su padre más allá de lo público; para alcanzarlo se optó por la modalidad de periodismo, específicamente bajo el género de la entrevista. Posteriormente se realizó una investigación biográfica sobre Andrés Eloy Blanco que permitiera demarcar hechos relevantes para las entrevistas, en base a la cual se diseñó un temario general guía y luego un cuestionario. Las entrevistas con Luis Felipe y Andrés Eloy Blanco se realizaron entre enero y febrero de 2013, tras lo cual se transcribieron, se seleccionaron las anécdotas más pertinentes y se redactó el cuerpo del trabajo en torno a capítulos temáticos: el primer recuerdo, el exilio, Cuernavaca, la salud, los viajes, la cotidianidad, los deportes, la muerte y el regreso. Finalmente, se ofrecieron conclusiones respecto a las diferencias y coincidencias en las apreciaciones de los entrevistados, incluyendo el carácter de Andrés Eloy Blanco como padre afable y disciplinado, líder moral incluso apartado de la arena pública, y sobre su legado en el contexto socio-político actual de Venezuela.

ÍNDICE

Aprobación del Tutor	p. ii
Agradecimientos y Dedicatoria	p. iii
Resumen	p. iv
Introducción	p. 1
Capítulo I: El Problema	
Planteamiento del problema	p. 3
Objetivo general y objetivos específicos	p. 3
Capítulo II: Sustento Referencial	
Andrés Eloy Blanco	p. 5
El Golpe de Estado de 1948	p. 12
Luis Felipe Blanco Iturbe	p. 15
Andrés Eloy Blanco Iturbe	p. 15
Capítulo III: Marco Metodológico	
La entrevista	p. 16
Capítulo IV: Desarrollo – Andrés Eloy Blanco en la memoria	
Prólogo	p. 20
Primer Recuerdo	p. 22
El Exilio	p. 23
La Salud	p. 32
Cuernavaca	p. 34
Los Deportes	p. 38
Los Viajes	p. 41
La Cotidianidad	p. 44
La Muerte	p. 54
El Regreso	p. 62
Capítulo V: Conclusiones	p. 69
Referencias Bibliográficas	p. 74
Anexos	
Anexo A (Instrumento)	p. 76
Anexo B (Instrumento)	p. 77
Anexo C (Fotografías)	p. 79



INTRODUCCIÓN

El presente trabajo final de carrera busca realizar un recuento de una etapa de la vida del poeta y político venezolano Andrés Eloy Blanco a través de los recuerdos de sus hijos, Luis Felipe y Andrés Eloy Blanco Iturbe.

Andrés Eloy Blanco Meaño (1896-1955) fue un político y poeta venezolano. Comenzó sus incursiones en la política en la lucha contra el régimen de Juan Vicente Gómez, a la vez que emprendió una carrera literaria exitosa como poeta, dramaturgo y humorista. Publicó numerosos poemarios y se mantuvo en la lucha por la instauración de un gobierno democrático a lo largo de su vida; fue miembro fundador del partido Acción Democrática, presidente de la Asamblea Nacional Constituyente en 1946 y Ministro de Relaciones Exteriores durante el gobierno de Rómulo Gallegos. Tras el golpe de estado de 1948, salió exilado a México, donde se dedicó exclusivamente a la poesía. Murió en un accidente de tránsito en México DF en 1955.

A través de entrevistas con los hijos de Andrés Eloy Blanco, se propone recopilar episodios o anécdotas que reflejen el lado íntimo de una figura relevante en la historia del país. El énfasis de la investigación está en aquella época en que el poeta y su familia vivieron en el exilio (1949-1955), pues son esos años los que Luis Felipe –nacido en 1945- y Andrés Eloy –en 1948- recuerdan de primera mano.

El proyecto representa un aporte enriquecedor a la bibliografía disponible, en Venezuela y en el exterior, sobre Andrés Eloy Blanco, pues se trata de mostrar una dimensión del poeta que trasciende su figura pública, y porque hasta la fecha no existe un documento que recoja expresamente los testimonios de sus hijos en cuanto a su trato directo con su padre y la vida familiar, tanto en Venezuela como en el exilio.

La motivación detrás del trabajo corresponde a una inquietud personal de la autora de recoger las historias que desde la infancia ha escuchado en su entorno familiar, de boca de su padre Luis Felipe Blanco o su tío Andrés Eloy Blanco.

La limitación que afronta la investigación consiste en que su objeto de estudio es una realidad filtrada a través de dos formas de experimentar la realidad individuales, distintas, a su vez alteradas por el pasar de los años y sugerencias y experiencias posteriores a los hechos que se busca recopilar. Esto se tomó en cuenta al momento de redactar el cuerpo del trabajo, recurriendo a toda confirmación factual posible a partir de la bibliografía disponible sobre la vida de Andrés Eloy Blanco y discutiendo las inconsistencias de sus historias con ambos entrevistados. Sin embargo, la subjetividad es algo que el presente trabajo contempla –se hace mención a ello en el prólogo- y de lo cual no pretende desvincularse del todo: no es casualidad que el título sea “Andrés Eloy Blanco *en la memoria*”, pues es inevitable e innegable que la imagen de Andrés Eloy Blanco para sus hijos se continuó construyendo sin cesar más allá de su muerte.

La modalidad elegida para desarrollar el presente trabajo fue la de investigación periodística, específicamente el género de la entrevista, debido a que no solamente se busca hacer un recuento de hechos de la vida del poeta, sino incluir las apreciaciones personales, subjetivas y anecdóticas de Luis Felipe y Andrés Eloy. El texto está dividido en capítulos temáticos para distanciarse de constituir una mera cronología, hacer más amena la lectura y permitir a los entrevistados profundizar en los distintos aspectos de la vida familiar antes, durante y después del exilio: Caracas, el exilio en México, la mudanza a Cuernavaca, su salud, su cotidianidad, sus aficiones deportivas, sus viajes, la muerte de Andrés Eloy y el regreso a Venezuela de su familia. Sin embargo, la organización de estos capítulos tiene un orden cronológico en aras a cerrar el trabajo con los eventos más recientes.

CAPÍTULO I

EL PROBLEMA

Planteamiento del problema

La bibliografía disponible sobre el poeta y político Andrés Eloy Blanco suele estar enfocada en recopilar su obra, o bien tiene un carácter investigativo (biográfico) y centrado sobre todo en su cualidad de figura pública. Sin embargo, no existe hasta la fecha un texto cuyo énfasis se ubique en la época de su exilio, durante la cual estuvo naturalmente más alejado de la actividad política; tampoco existe una investigación meramente anecdótica, que recoja los testimonios de quienes vivieron junto a él más cercanamente sus últimos años. En consecuencia, puede concluirse que hay un aspecto de la vida de una figura relevante en la historia de la literatura y la política venezolana sobre el que se ha hablado poco. Además, no es muy amplia la bibliografía disponible sobre el exilio venezolano en México, por lo que cualquier testimonio al respecto puede constituir un aporte para suplir una carencia de información en torno a una época muy dura –pero formativa– para los activistas del nacimiento de la democracia en Venezuela.

Objetivos generales y específicos

a. Objetivo general

Recopilar anécdotas íntimas de los hijos de Andrés Eloy Blanco que reflejen una dimensión de su padre más allá de lo público, desconocida por el público general.

b. Objetivos específicos

1. Realizar una investigación que describa de manera concisa los sucesos que marcaron la vida de Andrés Eloy Blanco y su familia en la década de 1945-1955.
2. Definir el género periodístico más conveniente para la realización de la investigación, en este caso la entrevista.

3. Hacer una breve reseña biográfica de los entrevistados.
4. Diseñar un temario general y en base a éste un cuestionario que abarque los momentos relevantes en la vida personal y profesional de Andrés Eloy Blanco desde 1945 hasta 1955.
5. Llevar a cabo entrevistas con Luis Felipe y Andrés Eloy Blanco empleando el cuestionario, invitando a desarrollar recuerdos íntimos.
6. Transcribir las entrevistas y seleccionar las anécdotas pertinentes para el proyecto.
7. Catalogar la información transcrita en función al tema que tocan, sea el exilio, la política, la muerte del poeta, etc.
8. Redactar las entrevistas en base a capítulos temáticos.
9. Ofrecer conclusiones.

CAPÍTULO II

SUSTENTO REFERENCIAL

Andrés Eloy Blanco

El poeta venezolano Andrés Eloy Blanco nació en Cumaná, estado Sucre, el 6 de agosto de 1896, hijo del Doctor Luis Felipe Blanco Fariñas y de Dolores Meaño Escalante. En 1908, bajo la dictadura del General Juan Vicente Gómez, la familia Blanco se mudó a Caracas; Andrés Eloy comenzó a estudiar en el Colegio Nacional (Prieto Figueroa, 1998, p. 377) y en 1911 aparecieron sus primeros versos en el Diario El Universal.

Según relata su hijo Luis Felipe Blanco en su libro *El hombre cordial* (1997), el primer reconocimiento literario del poeta fue en los Juegos Florales de Ciudad Bolívar en 1916, donde obtuvo la Flor Natural, premio correspondiente al primer lugar. A partir de ese momento, tomaría vuelo su carrera literaria con distintas actividades y colaboraciones: por ejemplo, la dirección de una revista universitaria de los estudiantes de Derecho de la Universidad Central de Venezuela, donde cursaba estudios, y la puesta en escena de su obra *El Huerto de la Epopeya* en el Teatro Nacional en 1918.

El clima político en Venezuela fue siempre inseparable de las inquietudes del poeta, además estudiante de Derecho, y eso se hizo evidente desde noviembre de 1918, cuando sufrió su primer arresto a manos del régimen represivo de Gómez. En aquella ocasión participaba en una manifestación de apoyo ante la legación de Bélgica, “homenajeando al monarca (Alberto I) por su heroica resistencia ante la invasión alemana, y al mismo tiempo desafiando al régimen (de Gómez)... Sabedores de las simpatías de Juan Vicente Gómez por el Káiser, los jóvenes aprovechan para desafiárselo” (Blanco, 1997, p. 45). Andrés Eloy participaba como orador, y fue detenido por la policía.

Blanco obtuvo su título de abogado en noviembre de 1919, y durante algunos años ejerció la profesión de derecho civil en Apure, paralelamente cultivando su carrera literaria. En diciembre de 1921 publicó su primer poemario, *Tierras que me oyeron*.

En 1923, Andrés Eloy recibió un telegrama anunciando el triunfo de su poema épico *Canto a España* (el título en cursiva o entrecomillas; igual otros) en un certamen de poesía convocado por la Asociación de la Prensa de Santander, cuyo jurado era la Academia Española de la Lengua. En julio viajó a España y el 23 de agosto asistió a la premiación en Santander, donde declamó frente al Rey Alfonso XIII y la Reina Victoria Eugenia. En *El hombre cordial* (p. 57) se cuenta que durante varios meses más permaneció en Europa y extendió su viaje a Francia e Italia, participando en tertulias y conferencias y conociendo a intelectuales hispanos de la época que admiraba, entre ellos Antonio Maura. El 31 de diciembre, en Madrid, concibió uno de sus poemas más recordados, *Las uvas del tiempo*. En agosto de 1924 realizó su regreso triunfal a Venezuela. Según Prieto Figueroa (1998, p. 376) su experiencia europea fue clave en ganarle notoriedad internacional como literato.

En agosto de 1927, Andrés Eloy conoció a su futura esposa Clara Angelina Iturbe, llamada familiarmente Lilina, en un matrimonio en Valencia.

El 7 de abril de 1928 ocurrió el asalto al Cuartel San Carlos, una intentona militar-estudiantil contra el régimen de Juan Vicente Gómez. Andrés Eloy “participa en la sublevación estudiantil, pese a las diferencias etarias con los muchachos universitarios, y pese a ser un abogado de cierto renombre ya; hace a un lado el prestigio ganado... y se incorpora a la lucha civil” (Blanco, 1997, p. 94). En mayo comenzó a circular el periódico clandestino *El Imparcial*, del cual fue redactor principal. De esa forma, “inaugura la prensa clandestina incendiaria antigomecista” (1997, p. 99).

El 24 de octubre, a la salida de una función de cine, Andrés Eloy cayó preso por la policía de Gómez como redactor de *El Imparcial*, y fue encerrado en la cárcel de La Rotunda. Permaneció incomunicado y sometido a torturas allí hasta el 19 de noviembre de 1929, cuando fue trasladado al Castillo Libertador de Puerto Cabello. Cabe destacar que durante sus casi cuatro años de reclusión el poeta no paró de escribir:

Al regreso de las prisiones... traía varios libros escritos en contacto con el pueblo de campesinos y obreros analfabetos llevados por el régimen gomecista a esas prisiones. Fue en contacto con el dolor de

las privaciones del pueblo que encontró su voz. (Prieto Figueroa, 1998, p. 377)

El 31 de diciembre de 1931, Andrés Eloy fue trasladado del Castillo Libertador a la cárcel de La Corrección, y el 11 de marzo de 1932, enfermo, fue enviado en confinamiento a Timotes, estado Trujillo, y posteriormente a la ciudad de Valera (Prieto Figueroa, 1998, p. 377); según Luis Felipe Blanco, fue la presión ejercida por escritores hispanoamericanos y amigos influyentes en el General Gómez lo que logró alejarlo de las cárceles (1997, p. 108)

El 12 de abril de 1933, el poeta salió libre de Valera a Caracas, y en mayo fue publicado PODA, con poemas escritos en los cinco años anteriores a su encarcelamiento y según Luis Felipe Blanco su poemario más popular. Según Prieto Figueroa (1998, p. 377), esa publicación marca un antes y un después en su carrera; todo lo que vendría después deja de lado la forma modernista que venía cultivando, a favor de un tipo de verso “libre, nuevo y audaz”; usaba “todo de todas” las corrientes poéticas, entiéndase romanticismo, modernismo, vanguardismo, ultraísmo, sin afiliarse a ninguno del todo.

Al morir Gómez en diciembre de 1935, Andrés Eloy inmediatamente retomó su actividad política, convirtiéndose en uno de los fundadores del PDN (Partido Democrático Nacional), y en la Cancillería como Inspector de Consulados bajo el régimen de Eleazar López Contreras –cargo al que renunció luego de la expulsión de sus compañeros Gonzalo Barrios, Juan Oropesa, Jóvito Villaba y Raúl Leoni del Congreso bajo la acusación de “comunistas” (Blanco, 1997, p. 113)-. En junio de 1937 se postuló a las elecciones municipales, y resultó electo por la parroquia San Juan; un mes después publicó Barco de Piedra, colección de poemas escritos en el Castillo Libertador.

Durante estos años, Blanco fue orador de orden en numerosos actos públicos, practicó el periodismo de opinión en el diario Ahora, y fue vicepresidente del Partido Democrático Venezolano. En 1938 fue electo Presidente del Consejo Municipal, y el mismo año triunfó como concejal por la Parroquia Sucre. Su carrera en el ámbito legislativo se inició en 1939, cuando fue designado diputado al Congreso por el Concejo Municipal de Caracas, junto a Pedro Bernardo Pérez Salinas y Juan Pablo Pérez Alfonzo.

En 1941 apareció por primera vez *El Morrocoy Azul*, periódico humorístico que reunía el talento de Claudio Cedeño, Miguel Otero Silva, Kotepa Delgado, Aquiles y Aníbal Nazoa y Andrés Eloy Blanco, quien fue miembro fundador (Prieto Figueroa, 1998, p. 377).

En 11 de mayo de 1941 se realizó el Acta Constitutiva del partido de centroizquierda Acción Demoráctica. Andrés Eloy ofició el acto y además eligió el color emblemático del partido: el blanco. Luis Felipe Blanco cita sus palabras al respecto en *El hombre cordial* (p. 129): “Me incliné por el blanco porque es un color único... hay muchos tonos de verde, de amarillo, de rojo, pero un solo blanco... es el símbolo de la pureza y la honestidad... y además, porque ese es mi apellido”. El 13 de septiembre se efectuó la fundación de Acción Democrática con un mitin en el Nuevo Circo; los oradores fueron Andrés Eloy Blanco, Rómulo Gallegos, Rómulo Betancourt y Ricardo Montilla.

En julio de 1943, el poeta formó parte de la comitiva de Isaías Medina Angarita en la primera gira oficial de un Presidente en la historia de Venezuela. Junto al pintor Tito Salas, el Ministro de Hacienda Arturo Uslar Pietri, el Ministro de Sanidad Félix Lairret, el poeta, diputado y director de *El Universal* Pedro Sotillo y el General J.A. Chalbaud Cardona, Blanco acompañó al mandatario en visitas a los países bolivarianos.

Durante 1943 y 1944, Andrés Eloy fue constante colaborador de *El Universal*, *El País* y *El Nacional*, donde escribió columnas de opinión regulares. En medio de toda su actividad, el 17 de junio de 1944, finalmente se casó con Lilina Iturbe Castillo en Caracas.

Echando mano de su influencia como figura pública, Andrés Eloy luchó por desvincular a Venezuela de regimenes opresores: en su calidad de Presidente del Comité de Amigos de la República Dominicana asistió al Congreso de Unificación Antitrujillista, y un año después expuso ante el Congreso su recomendación al Ejecutivo Federal de romper relaciones con el gobierno de Francisco Franco en España (Blanco, 1997, p. 141-143).

El 6 de octubre de 1945 nació su primer hijo, Luis Felipe Blanco; dos días más tarde, el poeta salió hacia México invitado por la Cámara de Diputados mexicana, y se encontraba allí durante el golpe de Estado contra el General Medina (18 de octubre), suplantado por una Junta Revolucionaria presidida por Rómulo Betancourt, compañero de Acción

Democrática. Según Blanco (1997, p. 144) Andrés Eloy no tenía conocimiento de esos planes y la noticia lo sorprendió. Regresó a Venezuela el 24 de octubre.

Durante el mandato de la Junta Revolucionaria, Andrés Eloy continuó ejerciendo su labor legislativa y diplomática. En octubre de 1946 se llevaron a cabo las primeras elecciones parlamentarias directas de Venezuela, para la Asamblea Nacional Constituyente, y Blanco resultó electo diputado -Acción Democrática obtuvo una amplia mayoría-. Luego fue electo Presidente de la Asamblea.

El 15 de octubre de 1947 nació su segundo hijo, Andrés Eloy, en Caracas.

Hasta diciembre de 1947, Andrés Eloy participó también activamente en las actividades de AD y en la campaña de Rómulo Gallegos, triunfador en las primeras elecciones presidenciales directas. Bajo el mandato de Gallegos, Andrés Eloy fue nombrado Ministro de Relaciones Exteriores, cargo que le permitió asistir e intervenir en la tercera Asamblea de las Naciones Unidas en París, el 23 de septiembre de 1948.

El 24 de noviembre de 1948, todavía en París y en compañía de su esposa y su hijo mayor, Andrés Eloy recibió la noticia de que el gobierno constitucional de Rómulo Gallegos ha sido derribado por miembros del ejército. Inmediatamente envió su renuncia y comenzó su exilio: la primera escala fue en La Habana. Luis Felipe Blanco (1997, p. 164) cuenta que el 6 de enero él y su madre lograron salir a Venezuela con un permiso especial para encontrarse con su hermano, entonces de un año de edad. El poeta sin embargo debió permanecer fuera.

Andrés Eloy se reunió otra vez con su esposa e hijos en febrero de 1949, y permanecieron residenciados en La Habana hasta agosto, período durante el cual murió el padre de Lilina. El 1 de septiembre la familia pisó tierra mexicana por Veracruz, y tomaron su primera residencia en Ciudad de México dos días más tarde en casa de la familia exilada García Travesí. Los cuatro Blanco compartían una pequeña habitación (Blanco, 1997, p. 166).

Quince días después de establecido en México, el poeta tomó un vuelo a Caracas para acompañar a su madre, gravemente enferma, y estuvo con ella hasta su muerte el 11 de

octubre. Permaneció en Venezuela hasta el 2 de noviembre, cuando regresó a México; no volvería a pisar su país natal de nuevo.

En diciembre de 1949 la familia Blanco Iturbe se mudó a Cuernavaca, en el estado de Morelos, donde rentó una casa vecina a la de Rómulo Gallegos. Luego de unos meses volverían a Ciudad de México, donde Andrés Eloy continuaría ejerciendo su activismo político. En mayo de 1950 viajó a La Habana para participar en el I Congreso Interamericano Pro Democracia y Libertad, patrocinado por los presidentes Rómulo Gallegos de Venezuela y Eduardo Santos de Colombia, la ex Primera Dama de Estados Unidos Eleanor Roosevelt, la Premio Nobel norteamericana Pearl Buck, Alfonso Reyes, Salvador Allende de Chile, y muchas otras figuras de la intelectualidad y la política iberoamericana y norteamericana (Blanco, 1997, p. 171).

A su regreso de La Habana, Andrés Eloy escribió *A un año de tu luz*, elegía a la muerte de su madre, publicada en *Cuadernos Americanos* en México. A los pocos meses tuvo noticia del asesinato del Presidente de la Junta de Gobierno en Venezuela, el General Carlos Delgado Chalbaud, y de la instauración de una nueva junta “cívico-militar” compuesta por los Tenientes Coroneles Llovera Páez y Pérez Jiménez y el abogado Germán Suárez Flamerich.

En noviembre de 1952, el poeta sufrió la gran decepción de enterarse por radio de la supuesta derrota de Jóvito Villalba frente a Pérez Jiménez en las elecciones presidenciales (Blanco, 1997, p. 180-181).

Según Luis Felipe Blanco, durante su exilio en México Andrés Eloy entabló amistad con intelectuales y artistas de la época como Mario Moreno “Cantinflas” y los escritores Alfonso Reyes y Jesús Silva Herzog. Se mantuvo siempre en cercana compañía de Rómulo Gallegos, junto a quien conoció al General Lázaro Cárdenas y el escritor norteamericano Waldo Frank. Fue homenajeado también por la Universidad de Morelia, Michoacán, con el Doctorado Honoris Causa, y fue orador varias veces en la Universidad Nacional Autónoma de México.

En 1953 los Blanco se mudaron de nuevo a Cuernavaca, a su única casa propia en el exilio. Allí Andrés Eloy escribió su último poemario, *Giraluna*, que contiene el Canto a los hijos y fue publicado en México en 1955.

El 20 de mayo de 1955, Andrés Eloy se encontraba en Ciudad de México en un homenaje de sus compañeros exilados de Acción Democrática a Alberto Carnevali, muerto en la cárcel en Venezuela en 1953. Al salir del evento, su vehículo fue impactado por otro a gran velocidad. Andrés Eloy y Lilina fueron trasladados al Hospital de la Cruz Verde, y a las 2 de la mañana del 21 de mayo falleció el poeta. Su esposa sobrevivió con graves heridas en la cara.

El 24 de mayo en Caracas, la Cámara de Concejales decidió por votación guardar un minuto de silencio en memoria de Andrés Eloy Blanco. El 19 de junio despegó un avión que trasladaba los restos del poeta a Venezuela desde México, despedido por más de cien personas, entre ellos venezolanos, mexicanos y de otras nacionalidades. Su llegada a Caracas fue en horas de la tarde, por lo cual el gobierno de Marcos Pérez Jiménez debió acceder a que se velasen los restos en casa de su hermana Dolores en Las Mercedes, en lugar de acelerar la marcha fúnebre. A la mañana siguiente, “en un cortejo lleno de espías, detectives y agentes que anotan los nombres de los asistentes” (Blanco, 1997, p. 195), los restos fueron sepultados en el Cementerio General del Sur.

Según cuenta Luis Felipe Blanco (1997, p. 195) en julio del mismo año se publicó en México un artículo de Rafael Caldera dedicado a la muerte de Andrés Eloy Blanco, que había sido prohibido en Venezuela; días luego la residencia de Caldera fue atacada con granadas por la policía de Pérez Jiménez, la Seguridad Nacional.

Poco después de la muerte del poeta, Lilina Iturbe y Luis Felipe y Andrés Eloy Blanco Iturbe pudieron regresar a Caracas. La esposa del poeta murió en Caracas el 25 de noviembre de 1983.

En 1981, durante el gobierno de Luis Herrera Campins, los restos de Andrés Eloy Blanco fueron trasladados en hombros desde el Congreso Nacional, donde habían sido velados en capilla ardiente desde el día anterior, hasta el Panteón Nacional, donde permanecen hasta la

fecha. El orador de orden en el Congreso fue su hijo, el diputado Andrés Eloy Blanco Iturbe, y en el Panteón pronunció un discurso su amigo Miguel Otero Silva.

El Golpe de Estado de 1948

El derrocamiento del presidente Rómulo Gallegos, el primero en la historia de Venezuela electo a través del voto directo, marca un antes y después en el período de la vida de Andrés Eloy Blanco que atañe al presente trabajo. Es a raíz de este suceso que el poeta sale permanentemente del país donde vivió, trabajó y luchó hasta su muerte, y lo que conduce a que sus hijos, Luis Felipe y Andrés Eloy, crezcan en el exilio mexicano junto a muchos otros perseguidos políticos venezolanos.

Según Víctor Manuel Reinoso en su artículo *La Traición*, publicado en el libro aniversario *México y Venezuela Solidarios*, el golpe contra Gallegos comenzó a gestarse al día siguiente de instalado el gobierno provisional de 1945 presidido por Rómulo Betancourt, tras el derrocamiento de Isaías Medina Angarita, orquestado por el ejército y el partido Acción Democrática. “Los oficiales... habían visto que AD no se había conformado con ser el partido en el gobierno, sino que quería, por todos los medios, tener el control absoluto del país” (p. 13). A la cabeza de la inconformidad estaba el teniente coronel Marcos Pérez Jiménez, y Rómulo Betancourt, a sabiendas de esto, decidió enviarlo a una larga misión diplomática que lo mantuvo alejado de los pormenores de la política durante un tiempo, incluyendo la toma de posesión del Presidente electo Rómulo Gallegos.

Según cita Reinoso a Rómulo Betancourt en su libro *Venezuela, política y petróleo*, durante su misión latinoamericana Washington expresó al gobierno venezolano su preocupación frente a las alocuciones de Pérez Jiménez en Haití y Bolivia, “predicando en medios castrenses la conveniencia de articular en la América Latina una Santa Alianza de gobiernos militares...”.

En 1948, estando Pérez Jiménez en Buenos Aires estuvo a punto de ser reemplazado en su cargo de Jefe del Estado Mayor, por lo que regresó de inmediato a una Venezuela cuyas esferas políticas y militares estaban en ebullición; “Gallegos quería ser el Presidente de la

concordia, pero el país seguía dividiéndose” (Reinoso, 1964, p. 15). Existía una fuerte tensión entre civiles y oficiales del ejército, éstos últimos convencidos de que AD “hacía listas de oficiales desafectos”, al tiempo que “Gallegos, en vano, trataba de desvirtuar todos estos rumores” (p. 15). Sin embargo, el 17 de noviembre llegó a oídos del Presidente que un golpe militar era inminente; en respuesta, concertó una entrevista con sus líderes.

El 18 de noviembre, Gallegos se reunió con Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez junto a su Ministro de la Defensa, Carlos Delgado Chalbaud. “Les habló del drama de Venezuela, siempre frustrada por la ambición... de los miembros del ejército” (Reinoso, p. 15-16), y les instó no dejarse llevar por los rumores de que AD quería perjudicarlos. Al día siguiente, se presentaron Pérez Jiménez, Llovera Páez y Delgado Chalbaud en Miraflores, y le plantearon al Presidente sus demandas, que tendría que cumplir para preservarse en su cargo; entre ellas, la desvinculación del gobierno con Acción Democrática y la expulsión de Rómulo Betancourt. Según Gonzalo Barrios, citado por Reinoso, el Presidente “señaló que, de acuerdo con la Constitución, los únicos poderes ante quienes tenía que dar cuenta de sus actos eran el Congreso Nacional y el Poder Judicial, si contra él fuere incoado un juicio en forma legal”. Cita Barrios a Gallegos respecto a la separación de Acción Democrática: “Si le doy la espalda, además de cometer una deslealtad, quedaría expuesto a las maniobras de cualquier ambicioso, y ya no serían ustedes, sino el portero de Miraflores quien me impediría la entrada cuando quisiera. Así que les dejo aquí para que tomen una determinación conforme con mis respuestas. Mi suerte personal está echada y la de la República queda en las manos de Uds.” (citado en Reinoso, 1964, p. 16).

Después de esta reunión, siguieron días de acuartelamiento en las Fuerzas Armadas. “Gallegos, después de conocer el ultimátum de los oficiales, se había dedicado a llamar a los oficiales que suponía leales. Y había comprendido que no tenía apoyo” (Reinoso, 1964, p. 17). En el país reinaba una tensa calma, a pesar de que Delgado Chalbaud asegurara en varias oportunidades que “no pasaba nada, nadita”.

Sin embargo, el lunes 22 de noviembre llega al país desde Nueva York el Comandante Mario Vargas, quien había sido aliado de Acción Democrática en la instauración del gobierno provisional posterior al golpe contra Medina Angarita, y a quien Pérez Jiménez y Llovera Páez habían solicitado se le prohibiera la entrada al país. Según Reinoso, el

conocimiento de su llegada a La Guaira enfureció a Pérez Jiménez, a pesar de que AD se justificara diciendo que no se había enterado de los planes de Vargas.

El 24 de noviembre, “una cadena radial desde el Ministerio de la Defensa... dijo que el Ejército había tomado el control del gobierno. Pérez Jiménez... prometió que se mantendría la paz y el orden” (Reinoso, 1964, p. 18). Tanto Delgado Chalbaud como Mario Vargas se habían sumado a los golpistas, y efectivamente el gobierno de Gallegos había caído. A las 6 de la tarde comenzó un toque de queda de 12 horas, y comenzaron a circular comunicados recomendando a la ciudadanía quedarse en sus hogares y evitar la reunión de más de 3 individuos. Un comunicado más extenso explicó el por qué del golpe, haciendo alusión a un abuso de poder de Acción Democrática, y un nivel de intervencionismo en la gestión de Gallegos de parte del partido que debía ser neutralizado.

Mientras tanto, Gallegos se encontraba confinado en su casa y los exministros presos en Miraflores; algunos, como Andrés Eloy Blanco, se encontraban fuera del país, y otros tantos estaban secuestrados en Maracay. Rómulo Betancourt se asiló en la Embajada de Colombia y escapó al extranjero, autorizado por Acción Democrática. Los líderes del partido serían perseguidos desde ese momento y muchos se vieron obligados a salir al exilio, según Juan José Delpino (1998, p. 9) concentrado en tres países: la Cuba Pre-Comunista, Costa Rica, y en mayor medida México.

En la introducción a *México y Venezuela Solidarios*, Igor Medina Bustamante, editor de esa recopilación de artículos y testimonios, cita a Gonzalo Barrios cuando dice que el exilio venezolano durante el régimen de Marcos Pérez Jiménez fue “el punto oscuro de nuestra historia contemporánea” (1964, p. 7). Sin embargo, agrega que durante ese período oscuro de nueve años, los refugiados políticos pudieron “conocer más a fondo y sentir con más orgullo la razón de ser venezolanos y demócratas”, además de desarrollar una gran solidaridad y cooperación mutua.

Luis Felipe Blanco Iturbe

Luis Felipe Blanco Iturbe nació en Caracas el 6 de octubre de 1945. A su regreso del exilio en México estudió en el colegio La Salle La Colina. Estudió Lengua y Civilización Francesa en la Universidad de Besancon, Francia, y posteriormente realizó estudios de medicina en la Universidad Central de Venezuela, donde hizo también una Maestría en Pediatría y Puericultura. Fue profesor de Pediatría en la Cátedra de Clínica Pediátrica de la Escuela Luis Razetti de la UCV desde 1977 hasta 2003. Fue Jefe de la Cátedra entre los años 1995 y 1996, y Jefe de la Sección de Psicopediatría del Hospital Universitario entre 1982 y 2003. Es miembro fundador del Comité de Bioética del Hospital Universitario. Es autor de capítulos en ocho libros de texto de pediatría. Actualmente ejerce la pediatría en el Instituto Médico La Floresta en Caracas y en el Centro Médico Anzoátegui, en Lecherías. Es padre de cuatro hijas, Elvira Eloisa (1990), Carlota Eugenia (1992), Elisa Gabriela (1994) y Mariaclara (1999) Blanco Santini.

Andrés Eloy Blanco Iturbe

Andrés Eloy Blanco Iturbe nació en Caracas el 15 de octubre de 1947. A su regreso del exilio en México estudió en el colegio La Salle La Colina, y posteriormente estudió derecho en la Universidad Central de Venezuela. Durante sus años universitarios fue dirigente de Acción Democrática juvenil y trabajó en la Dirección de Política de la Cancillería. Una vez egresado se incorporó al activismo político: fue diputado por el estado Miranda y el estado Sucre, Sub-Secretario del Congreso y Secretario de la Cámara de Senadores. Luego fue Ministro de Información durante el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez (1989-1992). Posteriormente se retiró de la política y ha encontrado su vocación como profesor, enseñando Literatura en el Instituto Cumbres de Caracas, hasta la fecha. Es padre dos hijos, Andrés Eloy (1980) y Luis Felipe (1983-2010) Blanco Pérez.

CAPÍTULO III

MARCO METODOLÓGICO

La entrevista

La entrevista es una herramienta indispensable para ejercer cualquier actividad periodística, pero constituye también por su propia cuenta un género autónomo. Consiste en una conversación –en persona o indirectamente- entre dos personas, “en la que una de ellas intenta conocer más a fondo la información, el pensamiento, creencias o criterio de la otra sobre un asunto” (Ronderos, 2002, p. 207).

María Teresa Ronderos describe en su manual *Cómo hacer periodismo* tres tipos fundamentales de entrevista. La primera es la informativa, que implica obtener la versión sobre un asunto determinado que puede ofrecer una fuente bien informada y calificada para ello. La segunda es la de experto, que busca profundizar un tema coyuntural; evita centrarse en la personalidad de la persona entrevistada y se centra en los conocimientos que ésta pueda ofrecer y “aquellos aspectos de su trayectoria que legitiman sus respuestas” (p. 208). La tercera es la de perfil o semblanza, cuyo objetivo es dar a conocer un personaje y se enfoca en su carácter y aquellas cosas que han forjado su personalidad o status. Este tipo de entrevista es mucho más específico, pues “se requiere dar una descripción física y psicológica del personaje, su forma de vida, su familia, sus amigos, su ideología, si es el caso” (ídem).

El presente trabajo supone una combinación de las tres clases de entrevista descritas por Ronderos. Si bien se trató de obtener la versión de una serie de hechos de Andrés Eloy Blanco y Luis Felipe Blanco por ser fuentes calificadas, su conocimiento del tema –en este caso la convivencia con su propio padre y las experiencias de su familia- es tal para considerarlos expertos. Por otro lado, el trabajo en sí busca ofrecer un perfil de Andrés Eloy Blanco, con énfasis precisamente en su forma de vida, carácter y relaciones, a pesar de que debe ser a través del testimonio de terceras personas, y en menor medida busca aproximarse también a generar un perfil de Luis Felipe y Andrés Eloy Blanco Iturbe, en tanto las

experiencias relatadas por ellos son definitivamente forjadoras de sus personalidades individuales.

Según el Manual de periodismo de Vicente Leñero y Carlos Marín (1986), toda entrevista tiene cuatro etapas: la preparación, la realización, el examen de datos y la redacción (p. 145). El primer paso consiste en informarse lo más posible sobre el tema que se quiere cubrir y sobre la persona que se va a entrevistar –esto sobre todo es fundamental en las de tipo semblanza-, con el fin de elegir a la persona indicada y redactar las preguntas más adecuadas. Conocer previamente el asunto le permitirá al periodista entender mejor al entrevistado, ganarse su simpatía e identificar lo más importante en sus respuestas (p. 147-148).

El segundo paso consiste en la elaboración del temario básico, que se refiere no directamente a las preguntas sino los temas a tratar en la conversación. Los autores recomiendan esto sobre todo para entrevistas de semblanza o de temas de gran amplitud. Posteriormente, en base al listado resultante, se procede a la redacción de un cuestionario básico, que contiene interrogantes muy concretas que sin embargo permitan que el periodista pueda hacer otras que vayan viniendo a su mente en el transcurso de la entrevista; lo ideal es formular preguntas que den pie a espontaneidad en la persona entrevistada (p. 149-150).

En cuanto a la realización de la entrevista como tal, Leñero y Marín recomiendan puntualidad, una adecuada presentación, y tomar previsiones para tener a la mano todo el material necesario (p. 151-152). En el caso del presente trabajo, debido a la familiaridad entre la autora y los entrevistados, se intentó conservar sin embargo cierta formalidad, y se contó con la ventaja de que los interlocutores no presentaron la aprehensión o timidez contra la cual el Manual de periodismo ofrece recomendaciones en el apartado correspondiente.

La etapa del examen de datos debe ser lo más cercana posible a la realización de la entrevista, y a su vez la redacción final no debe hacerse mucho después, pues “pese a la ‘buena memoria’... es muy probable que (el reportero) olvide numerosos detalles... la entrevista debe escribirse ‘en caliente’” (p. 161). Leñero y Marín recomiendan inmediatez

en pasar a limpio las notas o apuntes de ideas, y destacan cuatro pasos para realizar el examen de datos: primero leer las notas tomadas –casi siempre a la carrera- y luego transcribir a computadora las anotaciones o grabaciones. Posteriormente se debe llevar a cabo el análisis del tema, que permite saber si es necesario volver a comunicarse con el personaje, y que implica ser lo más preciso posible en la transcripción, “entender panorámicamente el tema... comprender ya no únicamente lo que quiso decir el entrevistado en cada declaración, sino lo que en síntesis quiso exponer” (p. 162), y descubrir el significado y trascendencia de las declaraciones para poder jerarquizar las ideas. El último paso es la selección de las notas que van a utilizarse, para finalmente proceder a redactar la entrevista.

Al momento de redactar la pieza definitiva, María Teresa Ronderos afirma que “el periodista tiene no sólo el derecho sino el deber de editarla para hacerla más comprensible” (p. 211); por lo tanto, es válido –y recomendable si es requerido- reorganizar las preguntas, corregir los defectos del lenguaje del entrevistado y dividir ciertas respuestas con preguntas que no se hicieron pero que la persona contestó. Sin embargo, asegura que es fundamental conservar la esencia de las declaraciones del personaje y a su personalidad.

En el presente trabajo, se partió de una investigación previa sobre la vida de Andrés Eloy Blanco y en particular sus últimos años; en base a este conocimiento previo se redactó un temario básico, a partir del cual se formularon las preguntas del cuestionario, bastante amplias y con espacio para la divagación y el recuento anecdótico y lúdico. Esto dio pie a respuestas muy ricas que, al momento de redactar, pudieron ser fragmentadas en base preguntas nuevas que no se hicieron realmente, para otorgarle mayor fluidez al texto. Éstas a su vez fueron divididas y clasificadas en torno a un orden temático basado en la coherencia cronológica con la cual los entrevistados dieron sus declaraciones. Al tratarse de recuerdos y apreciaciones, fue necesario también volver a contactar a los entrevistados para discutir y aclarar distintos puntos de sus respuestas en los cuales la memoria de ambos difería a pesar de tratarse del mismo tema.

Tanto el temario como el cuestionario utilizado se encuentran en el capítulo de Anexos, bajo los títulos Anexo A y B respectivamente.

CAPÍTULO IV

DESARROLLO

Andrés Eloy Blanco en la memoria

Prólogo

Antes de dirigir la atención a los recuerdos de mi padre y de mi tío, quisiera hablar sobre los míos. A los seis años, cuando mi abuelo cumplía 100 años (¡un siglo de nacido!), mis padres, mis dos hermanitas y yo, asistimos a los actos conmemorativos en Cumaná, la ciudad natal de Andrés Eloy. Con varios meses de anticipación, mi papá se había dedicado afanosamente, todas las noches, a enseñarme una o dos líneas de un poema: Del siglo libre. “*El mariscal subía la dorada escalera, radiante la mirada, seguro el caminar...*”. Al cabo de un tiempo lo tenía memorizado. Me informaron: “Este poema lo vas a recitar en televisión”. Efectivamente, en julio del 96 aparecí yo en TVO, con un lazo inmenso en la cabeza, recitando como una muñeca de cuerda una serie de oraciones que me divertían porque rimaban. De esos actos es mi primer recuerdo de Andrés Eloy, mi primer contacto con su perfil de figura pública, tan importante que aunque ni siquiera esté vivo, celebran su cumpleaños y lo pasan por la tele. ¿Por qué su casa natal es un museo? Una casa hermosa con rincones donde entra el bravo sol oriental que encandila y otros oscuros y húmedos; llena de contrastes. Cada vez que volvemos la siento más mágica, más extraña y familiar a la vez, más despierta y suplicante de atención en medio del calor y la somnolencia que flota en el aire cumanés.

A medida que fui creciendo, fui tomando mayor consciencia de quién era Andrés Eloy Blanco: primero poeta, luego político, finalmente un hombre que hacía poesía inseparable de la política, y que hacía política con mucha poesía. Veía sus fotos y me llamaba la atención que una persona que se veía tan delgada y débil hubiese hecho frente, con tanto aplomo, a tantas pruebas de resistencia física y espiritual. Me parecía ver rasgos de su carácter también en las fotos: la sonrisa despreocupada, pero sobre todo eso, la sonrisa. En las imágenes del final de su vida, en el exilio, lejos del país al que nunca podría volver, siempre se le ve sonriente. Leerlo, verlo, incluso escucharlo, crearon en mí una admiración que poco tiene que ver con parentesco: me parecía estar frente a un personaje casi ficticio, del que yo, que soy débil de voluntad, indecisa, inconstante, poco tengo.

Mi imaginario se fue nutriendo de historias contadas por mi papá, Luis Felipe Blanco, poseedor de una memoria prodigiosa, de una exactitud y un detallismo increíbles. A través de su arsenal inagotable de anécdotas –algunas que ni siquiera él mismo tuvo oportunidad de vivir, pero tan bien contadas que no hacía diferencia-, pude construir para mí misma un Universo que él llama “el exilio dorado”: ciudades, nombres, edificios, paseos, personajes, pirámides, volcanes, animales, juegos, olores y sabores de México entre los años 1949 y 1955, cuando Andrés Eloy, su esposa y sus dos pequeños hijos tuvieron que abandonar Venezuela por ser partícipes del primer régimen democráticamente elegido en la historia del país. Extraordinariamente, y esto es algo que continúa inspirándome hasta hoy, Andrés Eloy y Lilina convirtieron esa expulsión en una experiencia tan enriquecedora y valiosa, que para sus hijos hoy constituye tal vez el recuerdo más feliz de sus vidas, y así me lo han transmitido a mí.

Estas entrevistas tienen como finalidad capturar algo de ese Universo que Andrés Eloy y Luis Felipe Blanco Iturbe han logrado crear para el disfrute de quienes llegamos después, y de esa forma esbozar una figura de Andrés Eloy Blanco *paternal* que tal vez haya sido muy pocas veces descrita en una publicación. A pesar de que en muchas ocasiones, como mencioné antes, me ha parecido un personaje “ficticio”, demasiado admirable para ser real, Andrés Eloy era un mortal, al igual que yo, y quisiera poder reflejar en el siguiente texto aquello que admiro de él, que trasciende su imagen pública. Este trabajo es un homenaje a mi abuelo, a su talento, su temple y su corazón, y también a sus hijos, a quienes jamás les ha pesado demasiado la tarea de mantenerlo vivo para todo el que esté dispuesto a escucharlos.

Elvira Blanco Santini, Caracas, 2013

Primer Recuerdo

¿Cuál es su recuerdo más antiguo de su padre?

Luis Felipe: Me acuerdo de él en Venezuela a los 3 años. De esa época vienen mis primeros recuerdos; se asocian con nuestra casa, la Quinta Giraluna, que estaba en la Plaza Venezuela. Él era Presidente de la Constituyente, y era una época de mucha turbulencia, de una constante amenaza de Golpe todas las noches. Verlo aparecer era un acontecimiento importante; tal vez si hubiese llegado todas las noches a casa no me acordaría. Nuestra vida era inestable, un día yo amanecía en casa de mi abuela en El Paraíso, otro día en casa de mi tía en La Florida... Nos decían: “Hay un rumor, mejor no duerman aquí”.

Pasar tres días seguidos en mi casa era fantástico, allí estaban todos mis juguetes. Además, cuando mi papá llegaba de viaje –se pasó todo el año 48 en giras- en la maleta siempre traía un juguete. Yo esperaba debajo de la escalera a que él llegara. Pero la mayor parte de mi infancia y de mis recuerdos provienen del exilio en México.

Andrés Eloy: Por mi edad, mi primer recuerdo de mi papá es ya en México. Como no fue un hombre que salía a la calle a trabajar, porque estábamos exilados, la frecuencia de nuestro trato era muy grande. Sin embargo, mis memorias más claras son de Cuernavaca; antes de eso en Ciudad de México son confusas, además de fugaces. Recuerdo más los lugares en los que vivimos que a mi papá en ese tiempo.

En general, de toda la época del exilio, hay muchos recuerdos que creo que son inducidos; es decir, después de la muerte de mi papá, creo que ninguno de nosotros dejó de verlo. Tantos homenajes, discos, películas, fotografías... a veces no sabemos, o yo al menos no estoy muy seguro, de qué cosas recuerdo de verdad. Es una trampa en la que intento no caer.

El Exilio

¿Cómo fue la salida al exilio en México? ¿Dónde estaban?

LF: Yo estaba con mi papá y mi mamá en la instalación de la Asamblea de las Naciones Unidas en París; entonces él era el Canciller. Andrés ya había nacido, pero tenía 6 meses y se tuvo que quedar en Caracas. Ese viaje comenzó con una semana en Nueva York en pleno invierno, después fuimos a Europa e hicimos un recorrido por la Costa Azul, llegamos al Vaticano, donde conocí al Papa (Pío XII, que me regaló un rosario, y yo le mentí diciéndole que tenía 5 años y 3 hermanos, no sé por qué). Cuando finalmente estábamos en París, ocurrió el Golpe.

¿Estando con ellos en París, te dijeron lo que iba a pasar?

LF: A mí no me dijeron que no podía volver, sólo sabía que nos quedamos mucho tiempo y luego fuimos otra vez a Nueva York. En ese regreso sin gloria tuvimos que quedarnos en un apartamento prestado.

Mientras se decidía qué haríamos, Rómulo Gallegos estaba en Cuba y todo el mundo fue partidario de que nos fuéramos para allá. El Presidente Fulgencio Batista era simpatizante del gobierno derrocado, y además mi papá tenía muchísimos amigos intelectuales cubanos que había conocido cuando ganó el premio de los Juegos Florales en Santander.

¿No volvieron a pisar Caracas antes de salir al exilio definitivo?

LF: Sí. Andrés seguía aquí solo con Tía Rosario¹, hermana de mi papá, pero a ninguno de mis padres lo dejaban regresar.

AE: Por supuesto yo no recuerdo esto, pero cuando mis padres y Luis Felipe llegaron a Cuba pidieron que mis tías me llevaran hasta allá. De inmediato la dictadura cercó la casa de mi tía Rosario e impidió mi salida, un poco para chantajear a mi papá para que no se pusiera a dar declaraciones afuera por temor a represalias contra su hijo. Mi papá de todos

¹ Manuela del Rosario Blanco Meaño (1888-1974): hermana de Andrés Eloy.

modos lo dijo en un discurso ante la Universidad de La Habana: “Mientras a Salón (Salón Mesa Espinoza, un dirigente sindical que torturaron horriblemente) lo torturan en Caracas para que hable, a mi hijo Andrés de un año no lo dejan venir aquí conmigo para que yo acá no hable”. Así que eso me convierte en el preso político más joven de la historia de Venezuela.

LF: Fue a través de mis tíos amigos de funcionarios de la dictadura que se pudo gestionar un permiso para que mi mamá pudiera venir a buscarlo. Yo vine con ella en barco en enero del 49; nos esperaban unas personas en un carro que nos llevaron a una casa vieja y fea en lo alto de Maiquetía. Allí estuvimos mientras interrogaban a mi mamá, y recuerdo que fue un tiempo largo porque yo medía los ratos según la sed que me daba y cuánto lloraba pidiendo agua (no era fácil en esa época conseguir un vaso de agua fría, no había casi neveras).

La salida de Venezuela también fue difícil. Tuvimos que quedarnos en Caracas un mes hasta que le dieron el permiso de salida y nos fuimos en avión a La Habana. Estuvimos viviendo ahí hasta que Lázaro Cárdenas invitó a Rómulo Gallegos a mudarse a México – ese fue el primer factor-, y hasta que se hizo insostenible la vida en Cuba: un dólar era un peso, había inestabilidad política, gangsterismo. México era ideal, además de que cada bolívar eran 4 pesos.

¿Su papá o su mamá se plantearon trabajar para sostenerse en México?

LF: No, y ninguno de los dos tuvo nunca un trabajo.

¿De dónde venía su manutención?

LF: En Caracas, Tía Rosario había quedado encargada de poner a alquilar y enviarnos la renta de 60 bolívares de la Quinta Giraluna; era una suma suficientemente grande para sobrevivir con desahogo, aunque no con mucho lujo. Nos lo giraba al Banco Internacional de Ciudad de México, y cuando más adelante vivimos en Cuernavaca había que ir una vez al mes al D.F. a buscarlo.

También contribuían en algo los derechos de autor de Angelitos Negros -la única obra de mi papá que ha generado derechos de autor, y que se depositaban en ese mismo banco (y lo

siguen haciendo después de 50 años)- y de repente cualquier pago por un artículo de revista o periódico que escribiera. Por otro lado, Tío Juan José² nos enviaba dinero de regalo al menos una vez al año.

¿Cómo fue el traslado y el establecimiento en México?

LF: A finales de agosto del 49 nos fuimos en el barco “Andrea Gritti” a Veracruz, y de ahí en tren a Ciudad de México. Nuestro primer apartamento en el centro de la ciudad era un lugar frío, negro, sin nada que me recordara a un sitio que hubiera conocido antes. Era un segundo piso en un edificio sin gracia, amoblado escasamente, con un sofá y dos camas. Estaba frente al famoso cine llamado el Palacio Chino.

Mi recuerdo más claro de ese lugar es que estaba sintonizada la primera Carrera Panamericana, y yo que tenía 4 años me quedé todos los días escuchándola. Mi favorito era un piloto llamado Piero Taruffi³.

AE: Esa casa era en el barrio Ignacio Esteva era oscura y tenebrosa. Recuerdo que recién llegados a México nos protegían mucho y nos inventaban unos cuentos macabros como el de los “robachicos”: si abríamos la puerta de la casa nos podían jalar los “robachicos”, nos raptaban y nos llevaban al Mercado de La Lagunilla, nos sacaban los ojos y nos ponían a pedir limosna para siempre. Todos estos eran temores reales, no porque el cuento fuera verdad, sino para evitar posibles secuestros de la dictadura. Más adelante comprendí que, más allá del miedo a la delincuencia normal, les preocupaba la posibilidad de que agentes de las dictaduras latinoamericanas pudieran eventualmente chantajear o extorsionar a los exilados importantes y mi papá era importante: era muy conocido y su voz en México tenía mucha validez porque los intelectuales mexicanos de primer orden lo rodearon.

² Juan José Palacios: esposo de María Dolores Blanco Meaño (1894-1995), hermana de Andrés Eloy, conocida como Tía Lola. Ejerció varios cargos públicos a lo largo de su vida, entre ellos el de Presidente del Estado Monagas durante el gobierno de Isaías Medina Angarita (1941-1945), y Ministro de Agricultura durante el período de Raúl Leoni (1959-1963).

³ Piloto italiano que participó en 18 carreras de Fórmula 1, generalmente con la escudería Ferrari. En 1957 ganó la última edición de la carrera italiana *Mille Miglia*.

LF: Después unos venezolanos nos llevaron a vivir en su casa hasta que conseguimos nuestro primer apartamento, hermoso, cerca del Parque de Chapultepec, en la Avenida Melchor Ocampo.

Estuvimos allí hasta que Rómulo Gallegos se fue a Cuernavaca porque era un lugar más saludable que la Ciudad de México, y nos mudamos a tres casas de él, en la Calle Madero. No era una casa lujosa pero tenía jardín, y montábamos triciclo en esa parte. No fue tampoco mucha diversión lo que encontramos ahí, no conocimos a nadie y casi nunca salimos en esa época.

En esa casa en la Calle Madero la revista Excelsior tomó unas fotos de mi papá en las que salgo yo, que salieron publicadas en un artículo sobre él. Esa fue, digamos, su “presentación” a través de los medios: el nuevo exilado. México era el templo de los exilados venezolanos.

También en la casa de Madero tuvimos nuestra primera nana mexicana, que nos acompañaría con intervalos hasta que en 1975 se mudó a Venezuela, donde vivió hasta su muerte. Así comenzó nuestro conocimiento de rancheras; nos dormía con ellas. A los 4 años me sabía “Juan Charrasqueado”, que era mi favorita para que me durmieran, y “La Feria de las Flores”.

¿Cuándo y por qué regresaron a Ciudad de México?

LF: A los seis meses, cuando Rómulo Gallegos se fue de Cuernavaca a Oklahoma. Ya no teníamos razón para quedarnos y volvimos al edificio de la Avenida Melchor Ocampo en la Ciudad de México.

Ya había pasado casi un año desde que habían salido exilados. ¿Sus padres les habían dado alguna explicación concreta? ¿Ustedes tenían consciencia de por qué estaban en México?

AE: Tal vez mi edad tuvo que ver, pero preguntarme por qué estábamos en México en un sentido profundo, no lo recuerdo. Vivíamos ahí y ya. En parte creo que era porque los adultos, fueran de Acción Democrática, comunistas o de Unión Republicana –que eran los

que habían ido a México, en su mayoría-, no hablaban mucho de la dictadura para no llevar a sus hijos esa división, ese odio; si hablaban de eso era en la intimidad.

Para los más jóvenes exilados prácticamente no había dictadura; vivíamos en México por alguna circunstancia. No teníamos consciencia de que era por alguna razón específica. A veces se escuchaba una referencia de los adultos, y esa referencia la transformaron casi en un chiste: mi papá tenía una alcancía con las figuras de tres cochinitos que hacían el famoso movimiento de taparse la boca, taparse los ojos y taparse los oídos. Era una unidad, y la ranura de la alcancía estaba en la cabeza del cochinito más grande. A esos tres cerditos, los exilados los llamaban Pérez Jiménez, Llovera Páez y Suárez Flamerich.

LF: La verdad es que yo no sabía por qué estábamos ahí hasta que regresamos de Cuernavaca al apartamento de Melchor Ocampo, más o menos a los 4 años. Habían venido mis tías por primera vez a visitarnos, y fueron ellas quienes comenzaron a darme la idea de por qué estábamos en México. Me decían: “Tus primas te mandaron muchos saludos”; yo recordaba vagamente a mi prima María Luisa Palacios, que era de mi edad, y me comencé a dar cuenta de que nosotros estábamos acá, ellas estaban allá... y en ese momento al fin dijeron: “*Es que ustedes no pueden volver...* En Venezuela hay unos militares odiosos, abusivos, bárbaros, que no dejan entrar a tu papá ni a Rómulo Gallegos, que lo derrocaron...”. Yo empecé a darme cuenta de que estábamos en un país extraño porque no podíamos regresar a Venezuela.

Sin embargo, con esas noticias trajeron también regalos maravillosos de Venezuela: un álbum de barajitas bellísimo de los recursos naturales y chocolates (mi mamá tenía una obsesión paranoica con el chocolate y el agua de México... ¡Hasta que regresamos a Venezuela no habíamos conocido siquiera lo que era un helado!).

AE: Para mí es como si nunca hubiese escuchado esos comentarios sobre la dictadura. Luis Felipe no sólo era mayor, sino que ponía atención a lo que se hablaba. Yo no ponía atención alguna, mi mundo era de juegos. Luis Felipe oía. Gallegos se lo sentaba en una pierna y empezaban a hablar; a mí me sentaba en una pierna y empezaba a saltar. Yo no podía estar quieto un momento.

Pero Luis Felipe, que sí tenía consciencia de ser de un lugar y estar en otro, ¿no se sentía triste de no estar en Venezuela?

LF: No me molestaba estar en México, porque estábamos en un sitio muy bonito, con el inmenso y bellissimo Parque de Chapultepec enfrente. Además, vivíamos en una situación de solidaridad con la comunidad de exilados que ni siquiera viviendo en Venezuela luego llegaríamos a tener; desde que regresé nunca he tenido tanto contacto humano como el que tuve en México. Éramos unas 60 u 80 personas que no tenían nada que hacer sino visitarse, y los fines de semana siempre teníamos una actividad: Chapultepec, el circo... Cada vez que llegaba un venezolano nuevo a México, un grupo lo llevábamos a Xochimilco⁴, o a conocer algo... la verdad es que vivíamos en una permanente rotación de diversiones.

Si hubiésemos estado exilados en la Patagonia habría sido muy distinto, pero estábamos en la ciudad fabulosa del continente, donde teníamos todo lo que uno podía desear. Descubrimos ahí la televisión, en el año 52, y era de excelente calidad.

Por otro lado, mi papá era un personaje que tenía tantos amigos, tantos pero tantos que no sabíamos cuántos eran en total, y todos los fines de semana tenía una invitación a algún lado y nos llevaba.

¿Ya sus padres los habían puesto en el colegio en México? ¿Cómo se adaptaron a eso?

LF: Yo hice el primer grado en el Colegio María Montessori, donde estudiaban todos los hijos de exilados venezolanos. Sin embargo, para mí no fue tan bueno porque había también muchos *bullys* mexicanos... imagínate un colegio de charros, machos, que buscaban en los recreos a quién fastidiar. Yo tenía que buscar protección en los “bajos fondos”, tipos de sexto grado que tenía que sobornar... Era terrible.

Yo no me relacioné nunca con los otros exilados, porque todos estaban en grados distintos a mí. Muchos años después hice amistad con algunos exalumnos del Montessori, y en el momento ni siquiera recordaba haberlos visto

⁴ Xochimilco es una de las delegaciones del Distrito Federal de México. Se trata de una zona lacustre y es un destino turístico por excelencia en la ciudad gracias a sus canales, por los cuales se puede navegar en medio de un pintoresco “mercado flotante”.

AE: Yo creo que no llegué a un año de kinder en el Colegio Montessori. Mi mamá y mi papá se prepararon un día para llevar a Luis Felipe al colegio, y por supuesto yo armé una alharaca de gran magnitud porque quería ir con él. Me llevaron, y cuando llegamos, Luis Felipe entró al aula en segundo grado. Yo quería estar en el mismo salón que él porque yo quería estar ahí nada más que no por él... así que cuando me dijeron que no y me metieron en otro grado, armé otro alboroto. El primer grado lo hice en el Colegio Cristóbal Colón de Cuernavaca.

¿Su condición de extranjeros los hacía sentir algún tipo de rechazo especial de parte de sus compañeros mexicanos?

AE: Yo nunca sentí nada de rechazo en el colegio de Cuernavaca, tal vez por la edad de mis compañeritos. Y porque yo era más mexicano que el carrizo. Para empezar me tenían apodos: me decían güero (catire), y chino, que quiere decir tener la nariz chata. Hice amigos en el colegio que conservé muchos años después, y la verdad es que me trataban como un igual. Lo que sucede es que supongo que sus padres trataban a mi familia de manera muy especial, no sólo por estar exilados sino porque mi papá era un exilado de especial categoría.

LF: A veces sí me parecía difícil ser un venezolano en México. La mitad de mis compañeros del Montessori ni siquiera sabía que Venezuela existía, y algunos molestos suponían que como yo no era mexicano, era gringo. O gringo o mexicano, no había otra opción. A veces decían chistes medio irónicos sobre gringos y me miraban, como si a mí me fuera a importar, pero como yo era muy buen estudiante, siempre tenía protección de los profesores. Las actividades deportivas también me hacían sentir alienado, porque los mexicanos son muy rudos y siempre buscaban caerse a golpes sin razón para mostrar machismo.

Luis Felipe, ¿le comentaste alguna vez cómo te sentías sobre ser extranjero a Andrés Eloy?

LF: Nunca le comenté nada de eso a mi papá. De hecho, nunca me pasó por la mente que íbamos a ir a Venezuela algún día. Siempre pensé que era para siempre, irreversible, que esos militares se iban a quedar para siempre. En las noches mi papá nos contaba historias

de Venezuela, de batallas de la Independencia o de la situación presente, y nos decía que era un país de militares, donde si un civil llega al poder inventan algo para quitárselo. Tenía una especie de desazón completa.

Cuando nos mudamos a Cuernavaca y llegaban los venezolanos a visitarlo los fines de semana, él siempre era optimista y echaba chistes y los mantenía a todos ilusionados: “Esto se acaba”, “hay rumores de esto y lo otro”... pero en el fondo creo que no estaba muy convencido de que eso fuera a pasar.

¿Cómo es su recuerdo de la condición de los exilados venezolanos en México? ¿Cómo los veían?

LF: Además de ser muy cercanos, casi como una familia, sabíamos que todos los venezolanos pasaban trabajo y muchos estaban miserables. Había un señor llamado Romeo Córdoba que vivía de vender cuadernos, útiles escolares... a Andrés y a mí nos ponía el corazón chiquitito. Mi papá nos contaba: “Él vive de lo que vende en su maletín”. Cuando empezábamos clases lo llamábamos –pudiendo comprar las cosas en la esquina- y le comprábamos lápices, borras... en Cuernavaca, cuando se nos acababa un lápiz, Andrés y yo decíamos: “Llaman a Romeo Córdoba”. Y por supuesto nos decían que él no iba a venir desde Ciudad de México hasta allá.

Ricardo Montilla, uno de los amigos más cercanos de mi papá (el bautizo del poemario Giraluna fue en su casa) vivía de vender las hallacas que hacía su esposa desde septiembre. Todos los venezolanos le compraban a él. Casi nadie tenía trabajo, y nosotros teníamos suerte de recibir la renta de la casa de Plaza Venezuela.

AE: El vínculo dentro de la comunidad de exilados era muy estrecho porque no dejaban de reunirse, aunque creo que no era solamente para hablar o para visitarse, sino para sentir que ya estaban en Venezuela. Cuando estaban juntos se sentían más cerca de volver, y querían que la gente como Rómulo Gallegos o mi papá les dijeran: “No se preocupen, ya vamos a volver”. Se necesitaban, porque muchos exilados venezolanos que eran agrimensores o técnicos sindicalistas, por ejemplo, no fueron recibidos con facilidad en México. Para nosotros era distinto, porque mi papá era un intelectual que fue recibido por intelectuales, pero en general la sociedad mexicana era bastante cerrada. Y sí, muchos tuvieron que

inventar para poder sobrevivir; eso de las hallacas creo que fue un fracaso, porque México tiene suficiente comida rara para interesarse en comprar rarezas venezolanas. Pero varios exilados comenzaron a vender comida de otros tipos –pollos asados, tortas...- y así lograr mantenerse.

¿En qué momento y por qué decidieron irse de Ciudad de México a Cuernavaca?

LF: Nos fuimos del apartamento de Melchor Ocampo porque el dueño que nos tenía alquilados lo necesitaba y tuvimos que irnos a un vecindario malísimo que quedaba cerca del Palacio Presidencial. Pasamos un año jugando dentro de la casa sin salir, a menos de que nos invitaran a algún lado y fuéramos en taxi. Viviendo allí le dio un infarto a mi papá, y después de eso, por recomendación médica, nos fuimos a vivir definitivamente a Cuernavaca⁵.

⁵ Cuernavaca es un municipio, ciudad y la capital del estado de Morelos, a 85 Km. de Ciudad de México.

La Salud

¿Cómo se adaptó Andrés Eloy a vivir a la altura de Ciudad de México? ¿Afectó su salud?

LF: En 1952, mi papá fue a recibir su doctorado honoris causa en la Universidad de Morelia, junto con Alfonso Reyes, Rómulo Gallegos y el poeta de Tabasco Carlos Pellicer. De Venezuela vino su hermana Totoña⁶, sus amigos-casi-primos Olimpia Neri, Rafael José Neri... un grupo de gente muy allegada quiso acompañarlo a recibir el título. La sesión se efectuó a orillas del Lago de Pátzcuaro, el 9 de julio del 1952.

Yo he leído sus agendas, que llenó detalladamente a través de los años, y sé que ese día él anotó: “me sentí un poco mal, siento como náuseas, como una opresión”. Tres días después, ya en México otra vez, volvió a sentirse mal y Rafael José⁷, que era cardiólogo, lo llevó al Instituto Cardiológico de México donde se quedó de una vez hospitalizado. Ese era, por cierto, el primer centro cardiológico del mundo, así que tuvo mucha suerte. Luego pasó un mes en cama en la casa de Rafael José; eso fue traumático porque teníamos que irlo a ver en taxi. Le dijeron de plano: no puedes seguir viviendo en Ciudad de México a 2500 metros de altura, te tienes que ir a Cuernavaca.

¿Afectó de alguna manera la salud de ustedes?

LF: No, pero mis padres estaban obsesionados con nuestra salud, específicamente por la epidemia de poliomielitis que había atacado en Estados Unidos⁸. Yo tuve que estudiar segundo grado en la casa, porque no nos dejaban salir; cualquier cosa que pasara, me caía o

⁶ Así era conocida familiarmente Luisa Antonia Blanco Meaño (1899-1995), hermana de Andrés Eloy.

⁷ Rafael José Neri, primo de Andrés Eloy, estaba en México terminando sus estudios de cardiología junto al Doctor Ignacio Chávez. Cuando comenzó a llegar la oleada de exilados venezolanos al país se relacionó con ellos y comenzó a atenderlos. El gobierno venezolano decidió entonces dejarlo exilado también.

⁸ El peor brote de polio o parálisis infantil de la historia ocurrió en Estados Unidos en 1952; de cerca de 60000 casos reportados, unos 3000 niños murieron y unos 20000 quedaron afectados con parálisis leve.

algo parecido, mi papá ya pensaba: polio. Cuando nos mudamos a Cuernavaca bajó su paranoia.

Cuernavaca

LF: La ciudad jardín de Cuernavaca fue la fase más estable y bonita del exilio. Nos mudamos a finales del 53, a unos bungalows espectaculares que parecían de cuento de hadas. Además fue la última etapa; no nos movimos más hasta la muerte de mi papá.

AE: En Cuernavaca yo estaba más grande y recuerdo más cosas. Además, fue la época en que tuvimos mucho mayor contacto con mi papá.

¿De qué manera esta época fue más estable?

LF: Todos estábamos mejor adaptados. A nosotros nos inscribieron en el Colegio Cristóbal Colón y finalmente comenzamos a estudiar regularmente: Andrés directo a primer grado y yo a tercero, pero tuve que hacer primero un examen de nivelación porque había estudiado segundo grado en la casa.

Para estudiar para mi examen, mi papá me contrató un profesor particular que iba por las tardes, igualito a Emiliano Zapata: alto, vestido de blanco, con sombrero de paja y huaraches y un portafolio todo raído. Me ponía a aprenderme cosas de memoria y a hacer redacciones, y él hacía unas y yo le conseguía errores ortográficos y mi papá me decía: “Cuidado tú le corriges un error de ortografía al maestro, porque ese señor es admirable. Viene de un pueblo aledaño caminando, llueva, truene o relampaguee. Es como un sacerdote”.

El día de la última clase, cuando ya iba a comenzar el año escolar, mi papá estaba conmovido. No quería tener que prescindir de él porque era un hombre muy humilde y se veía que necesitaba esas clases. Cuando le dio la mano al despedirse mi papá casi lloraba, y eso me impresionó mucho; era como para retratarlo. Ver al maestro que se alejaba era como el final de una película triste. Había sido un tipo con una mística asombrosa, y además se le notaba un gran orgullo de darme clases.

¿Fue distinta la experiencia de ir al colegio en Cuernavaca que en México?

AE: El colegio de Cuernavaca fue mi primero colegio; en todo caso, estaba bien adaptado. El colegio para mí nunca fue algo que me apasionara, sino que tenía que hacer porque no podía evitarlo. Los profesores siempre me estaban regañando.

Una vez haciendo la fila le dije al muchacho a mi lado: “Mi pa’ arriba... traga saliva. Mira pa’ abajo... Traga gargajo”. Entonces me acusaron por esa idiotez y me castigaron; me encerraron en un cuarto oscuro, mirando a la pared, y diciéndome que nunca iba a salir de ahí. Cuando mi papá se enteró se enfureció porque no le parecía un castigo encerrar a un niño en un cuarto a oscuras. En mi casa me dijeron luego que me dejara de meter con mis compañeros, pero era algo que no podía evitar. De todos modos, yo no era el malo del salón ni nada parecido –aunque tampoco bueno de los que no hacen nunca nada-.

LF: En el Cristóbal Colón tuve por primera vez amigos, y fue el primer colegio que sentí propio. Nuestros mejores amigos eran hijos de españoles, porque Cuernavaca recibió una gran cantidad de republicanos exilados. Incluso nuestro médico, el Doctor Ercila, era un español republicano que había llegado a Cuernavaca y le había ido muy bien; tenía una mansión cerca de la casa de Dolores del Río y un carro –nosotros no teníamos-. A mi papá le encantaba hablar con él.

¿Cómo fue la experiencia para sus padres? ¿Cómo se adaptaron ellos a la nueva ciudad?

LF: Para ellos fue tan bueno que quisieron realmente echar raíces en Cuernavaca. Al principio estuvimos viviendo en una especie de complejo de *townhouses* vacacional, pero como las cosas se pusieron tranquilas y vivíamos como en un paraíso, mi papá decidió comprar una casa: la única casa que tuvimos, en la calle Hernán Cortés. Se la regaló a mi mamá el 10 de mayo de 1954, en el Día de la Madre.

¿No extrañaban la compañía que tenían en Ciudad de México? La comunidad de exilados seguramente no era tan grande en Cuernavaca como en el D.F.

LF: Los fines de semana venía una docena de la legión de venezolanos que vivía en Ciudad de México a visitarnos o celebrar algo –y sobre todo para escucharle los cuentos a mi papá-. La casa en Cuernavaca tenía piscina y era muy grande, así que algunos se quedaban con

nosotros y para eso se habilitaba la sala y un cuarto de huéspedes que teníamos arriba. Siempre había actividad.

De todos modos, teníamos personas que visitar en Cuernavaca. Uno de mis paseos favoritos tenía que ver con Alfonso Reyes: cuando estaba en México en invierno, Don Alfonso pasaba la temporada en un apartamento grande en Cuernavaca cerca del Palacio de Cortés, en un edificio bellísimo todo de madera.. Tenía una biblioteca enorme y un patio interior donde a Andrés y a mí nos encantaba jugar. También a veces se encontraba allí con nuestro médico español, el Doctor Encina; esa zona era un lugar de reunión de moda, y cerca de allí conocimos a Dolores del Río. De otros amigos, visitó varias veces al Doctor Juan Negrín, el Presidente de la Segunda República Española en el exilio.

AE: En la casa de Cuernavaca las visitas nunca faltaban. Era una ciudad a hora y cuarto del D.F., con una carretera buena pero angosta y cargada de hechos históricos; por ahí mismo fusilaron al Emperador Maximiliano, por ejemplo. Cuando llegaban a la casa, que era pequeña pero muy agradable, los muchachos se divertían mucho y salían del encierro de Ciudad de México, donde casi todos estos venezolanos vivían en apartamentos, casas pequeñas, encerrados. Entre los visitantes frecuentes estaban los Montilla, con Romulito Montilla que era mi amigo, y Rómulo Gallegos y sus hijos que eran mucho mayores.

LF: A pesar de haber sido monaguillo, Rómulo había “perdido su fe en su momento de mayor fervor” como él mismo dijo, y era ateo para ese momento. Sin embargo, todos los niños de los exilados le pedíamos la bendición cuando lo veíamos. Siempre tuvimos un gran vínculo con él e incluso mucho después, ya en Venezuela, todos los 31 de diciembre íbamos a su casa en Altamira después de las 12 para darle el feliz año.

AE: A la casa llegaban también cantidad de venezolanos exilados nuevos, en condiciones difícilísimas, que durmieron en el garaje de la casa, en un cuarto, en el patio o en la sala por temporadas, y cuando conseguían dónde vivir se iban. Adán Pérez Quiró y Celia Jiménez – un adeco y una comunista que no tenían ninguna relación-, se conocieron en mi casa, cuando ella se estaba quedando en el cuartito superior y él en otro lugar. Se enamoraron, y se casaron. Ella le dijo a mi papá que quería pagarle de alguna forma el hospedaje, y él me dijo que me enseñara a mí a leer. Así aprendí las letras.

Por otro lado, mis padres hicieron amigos en Cuernavaca, además de visitar a Don Alfonso Reyes cuando estaba allí –yo lo comparaba con un personaje de cómics llamado “El Reyecito”, que era gordito y tenía una coronita-. Una de las más allegadas era Lucita, una mujer que tenía una platería angosta y profunda donde mi papá se quedaba esperando que mi mamá nos buscara al colegio, que quedaba unos 400 metros más abajo. Lucita mandaba a comprar al hotel que estaba enfrente unos vasos de ostiones con salsa de tomate con chile; iban comiendo y tomándose un trago mientras nosotros subíamos a encontrarnos con él.

Los Deportes

¿Cuáles eran las aficiones deportivas de Andrés Eloy?

AE: Mi papá era fanático del béisbol, y de hecho jugó en un equipo no nacional en Venezuela. En México esa faceta de deportista cesó, en parte por los problemas respiratorios que comenzó a manifestar; sin embargo, siguió viendo muchos deportes, o siguiéndolos por radio.

Recuerdo un día cuando seguíamos viviendo en la casa tenebrosa en Ignacio Esteva, ver a mi papá escuchando una carrera muy consternado. Un piloto de apellido Bonete había perdido el control en una curva y su cuña dio vueltas y se mató... “¡Caray, se mató Bonete!”. Entonces yo también me puse tristísimo por la muerte de Bonete.

LF: No tenía una afición deportiva como tal *mexicana* porque no era muy fanático del deporte más popular allá que es el fútbol, pero seguía el béisbol norteamericano por televisión. Se hizo aficionado a los Dodgers de Brooklyn, motivado en gran parte porque el equipo le había permitido a Jackie Robinson, que era negro, jugar en las Grandes Ligas. Eso para él fue suficiente. La vez que estuvo en Cuba en el Congreso Interamericano Pro Democracia y Libertad regresó con un juego de béisbol de mesa, que traía los nombres de los jugadores de los Yankees y de los Dodgers, y tenía unas cifras sobre cada uno de ellos. Uno le daba la vuelta a un disquito y salía un número, y con ese número se sacaba una baraja que decía qué había hecho el jugador. Como él era de los Dodgers, yo me hice aficionado de los Yankees desde ese momento para poder jugar contra él. También era fanático de los Medias Blancas de Chicago porque ahí jugaba Chico Carrasquel.

Cuando estuvimos en New Orleans en vía a Caracas en 1951, había un juego de exhibición de los Dodgers contra los Cardenales de Saint Louis, y yo dije que le iba a los Cardenales en vista de que él le iba al otro equipo. Cuando salimos me llevó a una tienda de esas donde todo cuesta diez centavos y me compró un guante que decía “Stan Musial”; desde ese momento me convertí en seguidor de los Cardenales porque mi primer guante había sido de la primera gran estrella de ese equipo.

En febrero del 55, tres meses antes de morir, el equipo venezolano de béisbol llegó a la final contra República Dominicana en los Juegos Panamericanos. Yo tenía el banderín del equipo y lo llevaba a todos lados, hasta al colegio. Para poder estar presentes en la final en el Estadio del Seguro Social en la Ciudad de México, salimos en caravana desde Cuernavaca y dormimos en un motel en Insurgentes; fue el primer juego de verdad al que fui. Qué sufrimiento, perdimos.

AE: Le gustaba mucho también la tauromaquia, que a mí me horrorizaba y me fastidiaba espantosamente porque no entendía eso. Fui a una o dos corridas.

LF: A mí me llevaba más a las corridas de toros, siempre con sus amigos Pedro Veroes, César Rondón⁹ y Rafael José Neri. Más adelante me hice aficionado yo también.

No estaban para nada en sintonía entonces con las diversiones propiamente mexicanas...

LF: Pero con la televisión descubrimos la lucha libre, que en México es toda una institución. Nos fajábamos los jueves en la noche a verla.

AE: A mí no me gustaba mucho la lucha libre, pero de escuchar a los que la veían hablar se me quedaron grabados los nombres: “El Santo”, “Black Shadow”, “Blue Demon”, “El Cavernario Galindo”, eran los grandes luchadores de la época.

LF: Mi papá se aficionó tanto que una vez hasta se puso furioso conmigo porque en el Campeonato Mundial, en un enfrentamiento entre Tarzán López –un jugador mexicano que el apoyaba- y un chino que se hacía llamar Sugi Sito, yo celebré que Sugi Sito había ganado la primera caída¹⁰. Me dijo que yo era un ingrato porque le iba a un chino contra un mexicano (una reacción un poco desproporcionada). César Rondón compartía ese gusto y

⁹ César Rondón Lovera era compañero de partido de Andrés Eloy, un dirigente medio de Acción Democrática. Una vez en México, exilado también, él y su esposa Rosa Elena se convirtieron en amigos muy cercanos de la familia Blanco.

¹⁰ Sugi Sito, en realidad Francisco Javier Mar Hernández, fue un luchador profesional de origen chino-mexicano; Tarzán López era el seudónimo de Carlos López Tovar, campeón nacional de peso welter entre 1936 y 1939 y varias veces campeón de peso medio. El enfrentamiento relatado por Luis Felipe sucedió el 21 de septiembre de 1950, cuando Sito derrotó a Tarzán López en el Campeonato Mundial de Peso Medio de la NWA, que era para entonces el más popular y prestigioso entre el público mexicano.

de hecho estaba con nosotros esa noche, y se le grabó de tal forma el momento que muchos años después todavía me llamaba “Sugi Sito”: “¿Cómo estás Sugi Sito?”

Los Viajes

¿Cuánto conocieron de México durante el exilio?

LF: Mi papá consideraba un privilegio estar exilado en México y planificaba viajes, tenía una gran sed de conocer el país. Como teníamos carro, nos movimos siempre en tren. Una de nuestras travesías fue a conocer Montalbán y Mitla, en estado de Oaxaca, lo más parecido a la “conquista del Oeste”: en esa época estaban haciendo el cambio de la vía angosta de la Revolución a una nueva vía más ancha, y en ocasiones el tren se quedaba parado hasta 6 horas en medio de un calor horroroso. Andrés, que sufría de salpullido, se brotaba todo y le comenzaba a picar la piel, se rascaba y gritaba horrible. Pero no había otra manera de viajar.

Fuimos a conocer el volcán del Parícutín¹¹ invitados por Lázaro Cárdenas: primero fuimos en tren hasta Morelia y luego a Pátzcuaro en una caravana de carros enviada por él. Alquiló todo el Hotel Posada Don Vasco para la comitiva, entre la cual estaba Rómulo Gallegos, entrañable amigo de Cárdenas, el novelista y ensayista estadounidense Waldo Frank¹² y Carlos Pellicer. Nos fuimos una noche a Huruapan, la ciudad más cercana al volcán, y cerca de las 4 de la mañana nos despertaron y llevaron en pijama al punto más cercano y seguro posible. Nos sentamos en los techos de los carros y desde allí veíamos las llamaradas cada vez que el Parícutín soltaba una bocanada, y se estremecía la tierra.

Conocimos las famosas minas de plata de San Luis Potosí invitados por Jesús Silva Herzog¹³, e hicimos la llamada “ruta de la Independencia”, que incluye Guadalajara, San Miguel Allende y Querétaro. Por nuestra parte, cada vez que llegaba un venezolano nuevo a

¹¹ El Parícutín es el volcán más joven de los miles que se encuentran en México, localizado en el Estado de Michoacán, y tiene la característica de ser el único volcán en la historia cuya creación, vida y extinción ha sido presenciada y estudiada por seres humanos: su primera erupción fue en 1943. Poco después de esta visita de la familia Blanco, en 1952, el volcán cesó completamente su actividad.

¹² Waldo Frank (1889-1967): Novelista, ensayista y crítico estadounidense conocido por ser un estudioso de la literatura hispanoamericana.

¹³ Jesús Silva Herzog (1892-1985): Economista e historiador mexicano, amigo cercano de Andrés Eloy durante sus años de exilio.

visitarnos lo llevábamos a las grutas de Cacahuamilpa¹⁴ o al Hotel Hacienda Vista Hermosa, cerca de Cuernavaca, que originalmente era la Hacienda San José Vista Hermosa fundada por Hernán Cortés.

AE: Gracias a fotografías –o gracias a ellas recuerdo mejor-, haber ido a Río Escondido¹⁵ con mi familia, Ricardo Montilla y Rómulo Gallegos. Nosotros jugábamos en el agua.

También fuimos a Teotihuacan¹⁶ y recuerdo haber subido la Pirámide del Sol, los adultos pendientes de mí, y el miedo que me daba bajar; siempre subir es más fácil que bajar, porque tienes el precipicio justo enfrente y tienes que bajar arrastrado. Tengo la imagen de mi papá esperándonos abajo, sentado junto a una cabeza de Quetzlcoatl, la serpiente emplumada.

¿En ningún momento salieron de México?

LF: En 1951 vinimos a Venezuela mi mamá, Andrés y yo, porque ella tenía que firmar unos documentos –en el tiempo que llevábamos fuera del país, había muerto su padre-. A mi papá no le dieron la visa que nos permitió hacer ese viaje, pero aprovechamos para ir a varios sitios todos juntos en el camino. Primero llegamos a Veracruz, donde a mi papá le encantaba comer. De hecho, varias veces fue a esa ciudad nada más para comer cuando un barco llamado Marqués de Comillas estaba en el puerto; al parecer conocía al capitán y subía para comer percebes y mariscos.

Los cuatro abordamos en Veracruz el Andrea Gritti, el mismo barco en el que habíamos llegado a México. Paramos en Tampico, en Houston, en New Orleans donde estuvimos dos días, y después estuvimos otros tantos en La Habana. Mi papá se quedó allí y nosotros vinimos a Caracas, donde estuvimos dos meses.

¹⁴ Las grutas de Cacahuamilpa están ubicadas en la Sierra Madre del Sur, entre los Estados mexicanos de Guerrero y Morelos.

¹⁵ Afluente del Río Bravo (Río Grande) localizado en el Estado de Coahuila.

¹⁶ Teotihuacan, a 48 Km. de Ciudad de México, es la base arqueológica más famosa del país y comprende dos de las más grandes pirámides mesoamericanas: la Pirámide del Sol y de la Luna.

Ese mismo año, mi papá fue invitado al Segundo Congreso Interamericano Pro Democracia y Libertad, que organizó en La Habana Frances Grant, la secretaria general del partido demócrata estadounidense.

La Cotidianidad

¿Cómo se llevaban ustedes entre hermanos?

LF: Yo me llevaba bien con Andrés. Peleábamos mucho en contexto de juegos, pero nos necesitábamos el uno al otro para jugar, porque si no era demasiado aburrido –excepto cuando leía, me encantaba leer, y Andrés siempre quería jugar y a veces yo no-. Dormíamos en el mismo cuarto y teníamos miles de historietas, que para mí eran un vicio.

AE: Nos llevábamos muy bien. Peleábamos sólo porque era lógico, éramos nada más nosotros dos. Pero yo no podía estar sin “Titón” (así le decía a Luis Felipe), y en el fondo creo que él tampoco. Él tenía eso de “crear un club” y someter a todos a su voluntad, siempre era el jefe; allá tenía una especie de corte, que eran las hijas de Rafael José Neri, Rómulo Montilla y yo. Nos dominaba a todos, y además planificaba las travesuras pero no las ejecutaba; para eso eran los demás... y eso siguió pasando hasta cuando regresamos a Venezuela.

LF: Jugábamos juegos de mesa, a explorar... en Cuernavaca nos íbamos por esos campos desiertos, nos montábamos en la pirámide de Teopanzolco¹⁷ y la defendíamos como si fuera El Álamo.

AE: Salíamos a recorrer el monte que rodeaba la casa, que llamamos “África”. Recuerdo que una vez Luis Felipe agarró una aguja de tejer de mi mamá y le quitó al arco y flecha de chupón que teníamos y le amarró la aguja, y con eso mató a un zamuro. Quedamos impresionados. En otra oportunidad, que estábamos con mi papá, tuvimos que escapar de un toro.

A Luis Felipe le encantaba leer y hacer juegos tranquilos, pero a mí siempre me gustó el tema militar. Tenía centenares de soldaditos: soldados modernos, cruzados, antiguos,

¹⁷ Teopanzolco es una zona arqueológica que se encuentra dentro de Cuernavaca. Cuando la familia Blanco vivía en la ciudad no se habían iniciado todavía las excavaciones y sólo era visible una pequeña parte de las más de 14 edificaciones que estaban bajo tierra. Era uno de los sitios predilectos de Andrés Eloy y Luis Felipe para jugar.

arqueros, ametralladoras, de todo. De golpe quería jugar con alguna época porque me había impactado alguna película, y los sacaba de la respectiva caja. Llevaba todos mis soldaditos al jardín, pero Luis Felipe no tenía tanta paciencia para jugar conmigo a eso y terminaba lanzándole cosas a los soldados y tumbándolos junto a otros muchachos. También había otra forma de jugar, que no era ya con los soldaditos sino yo mismo: yo me fabricaba cosas, Luis Felipe no. Me hacía espadas, o un escudo; era un cruzado, era Ricardo Corazón de León (y me comenzaron a llamar Ricardo Corazón de Llorón) y salía en mi carreta tirada por el perro. También tenía mi ejército integrado por el hijo del jardinero, Goyo, que me obedecía, y Romulito Montilla, que no era muy dócil pero siempre estaba conmigo luchando contra enemigos.

¿Cómo se llevaban su papá y su mamá?

LF: Jamás los vi pelear; ni una sola vez, por ninguna razón, nada, absolutamente nada. No sé si alguna vez pelearon escondidos, pero nunca se alzaron la voz.

Debe haber sido un gran cambio para tu mamá de no saber siquiera si Andrés Eloy iba a dormir en la casa en Caracas, tenerlo todo el tiempo con ustedes en México...

LF: Sí, excepto por sus viajes a Cuba y a Estados Unidos, y el tiempo que estuvo hospitalizado por el infarto, mi papá siempre estuvo en la casa. Para mi mamá eso significó que la época del exilio fuera la más feliz de su vida, sobre todo Cuernavaca porque además teníamos una casa propia.

Además de eso, mi mamá amaba México con locura. Tenía el traje típico, iba al mercado con su cesta, hablaba como mexicana, se pasaba el día con la cocinera preparando platos y llenó cuadernos con recetas de su puño y letra. Se hizo entrañable amiga de la dueña de una platería donde nos esperaba al salir del colegio, Lucita. Fueron amigas de por vida.

¿Tenían mascotas?

LF: Tuvimos un boxer atigrado, hijo de un campeón llamado Jaguar. Lo tuvimos que dejar cuando regresamos a Venezuela, pero luego nos mandaron a un hijo.

AE: Mi papá jugaba con Jaguar, y Jaguar era mi corcel predilecto. Era una mole: yo le amarraba unas cabuyas por el cuello, se las amarraba a mi carretilla y me montaba, como Ben Hur. El perro me corría por el jardín sin ningún esfuerzo. A mi papá le encantaba ver esa escena.

¿Cómo describirían la cotidianidad dentro de la familia durante los años de exilio?

LF: Cuando estuvimos en México tuvimos muchas fases diferentes; una forma de la vida cotidiana no hubo, porque en cada casa era distinta. En Ciudad de México por largo tiempo no fuimos al colegio y sólo jugábamos todo el día, pero cuando tuvimos que abandonar el apartamento de Melchor Ocampo y conseguimos una casa en Reynosa, la 7A, comencé a ir al colegio Montessori y fue una etapa de más o menos estabilidad.

Lo que marcó la cotidianidad de la vida en Reynosa fue que descubrimos la televisión: mi papá compró el chasis y los tubos y él mismo le construyó el mueble, que conservamos hasta muchos años después. Él aprendió carpintería durante los dos años que estuvo confinado en su casa de El Paraíso a su regreso de Timotes, ya que no podía salir a ningún lado. Construyó muchas cosas en esa época, como unos libreros con lados piramidales y un escritorio de madera oscura que luego fue mío.

No nos dejaban ver televisión después de las 9, pero los miércoles había una telenovela en serie que se llamaba El Misterio del Cuarto Amarillo, una novela de Gastón Leroux que protagonizaba Luis Salazar, venezolano, e Hilda Vera. También nos gustaba mucho el teatro, y en México lo pasaban mucho por televisión; los viernes por la noche había un programa llamado La Hora Revlon, que eran obras del teatro universal, y había una compañía española de teatro cómico que tenía un programa en vivo los martes que mi papá no se perdía.

AE: Yo no tenía paciencia para ver televisión, o al menos los programas que los demás veían. No había variedad de canales –no había Disney por ejemplo, que me hubiese dejado embelesado, como después de pasó-. Sí mí me sorprendía mucho el hecho de que hubiera personas dentro de la pantalla, para mí aquello no tenía explicación.

Luis Felipe y mis papás veían puros programas de suspenso (además del Misterio del Cuarto Amarillo, uno llamado Estudio K), y a ellos les encantaba; se quedaban absortos viéndolos. A mí la verdad es que el suspenso no me interesaba, porque no tenía paciencia ni ánimo de estar resolviendo un problema policial. Yo me quedaba un rato y me iba a jugar con el perro o me iba para adentro a jugar con mis soldaditos, con mis armas de juguete, mis rifles, y correr por todas partes.

El televisor no estaba prendido todo el día como es ahora, que pasa todo el día encendido para que los niños no fastidien; era sólo para comer. Nosotros almorzábamos juntos en la mesa con mi papá a la cabeza, pero en la noche comenzamos a comer en una mesa desplazable cerca del televisor para ver esos programas.

LF: Viviendo en Cuernavaca, mi papá se compró lo que llamaban una Victrola: un mueble enorme que uno destapaba y tenía, de un lado, el cambiadiscos, para discos de 72, 33 y 45 pulgadas, y del otro lado un sintonizador; del lado de abajo, unas cornetas enormes. Cuando llegábamos del colegio nos poníamos inmediatamente a poner música: yo ponía rancheras, él también, yo ponía Agustín Lara, a él le encantaba Pedro Vargas y Toña La Negra, y a mi mamá le gustaban las canciones francesas, que también le encantaban a mi papá.

Esa adquisición significó un gran cambio porque, hasta ese momento, para escuchar radio teníamos que ir a casa de alguien que tuviera un Trans-Oceanic¹⁸. Uno iba a casa de un venezolano con una de esas radios y los adultos se ponían a buscar noticias, a averiguar sobre rumores. Me acuerdo que una de las cosas que me agradó es que una vez se encontraron con un juego en Maracaibo, Pastora contra Gavilanes, y se pusieron a oírlo.

¿Qué hábitos o manías recuerdan de Andrés Eloy?

LF: Mi papá nunca dormía hasta tarde. Siempre se despertaba de primero y desayunaba queso blanco rallado, café con leche y galletas de soda: echaba las galletas dentro del café y se las comía. Se ponía a trabajar en su cuarto, tecleaba, escribía artículos para algunos periódicos o revistas y sus versos.. Entre poema y poema, a veces uno abría la puerta y lo

¹⁸ Los Trans-Oceanic eran una clase de radios portátiles que permitían sintonizar señales internacionales.

veía jugando barajas en la cama, haciendo solitarios con barajas españolas. De repente le venía una idea y se truncaba.

AE: También se encerraba con una grabadora Grundig, que le regalaron sus amigos al darse cuenta de que no se había modernizado... hoy sería como regalarle una laptop. La grabadora tenía una lucecita azul que titilaba que me llamaba mucho la atención. Cuando grababa se sentaba en la cama y ponía la grabadora en una mesita; yo me metía a oírlo y mi mamá me regañaba: “¡Salte de ahí que tu papá está trabajando!”; pero mi papá le decía que me dejara. Luego, cuando me regalaron una armónica, decidí meterme en el cuarto cuando él grababa y empezar a tocar. Mi mamá me regañó pero mi papá dijo: “Déjalo, ese es el aporte musical”. Bueno, de esas grabaciones salieron los discos con su voz que hoy conocemos, y ese “aporte” después costó muchísimo quitarlo.

LF: Leía mucho, pero no tuvo tiempo de llevarse sus libros de Venezuela, así que fue llenando su biblioteca con compras mexicanas. Compró la Enciclopedia Británica y la Espasa, de 80 tomos, que ocupaba toda la chimenea de la casa de Cuernavaca; la Enciclopedia Utea estaba más abajo. En realidad, todo el mueble empotrado que estaba encima de la chimenea estaba dedicado sólo a las enciclopedias; su biblioteca personal estaba toda en su cuarto y tenía la costumbre de llevar a empastar los libros en vinotinto y ponerles sus iniciales en el lomo y en la parte inferior de la carátula. Lo hacía principalmente con libros escritos por él y con libros importantes, como de Octavio Paz y los de Rómulo Gallegos.

Era muy estricto con la hora de la siesta: en la familia Blanco era una institución sagrada. Sus hermanas hasta se ponían pijama para dormir en la tarde. Cuando era su hora cuidado uno hacía ruido; se ponía furioso si alguien lo despertaba. Luego, en las noches se acostaba en un sofá a ver televisión después de cenar, invariablemente.

AE: Cuando iban visitas a la casa se preparaba un whiskey, un Ballantine’s o un McCallum’s Perfection, que se conseguía mucho en México (o un Dimple, si había plata). Mi imagen más clara es la del vaso de vidrio forrado en un protector de plata mexicana muy bonito. De esas visitas recuerdo ver llegar a Rómulo Gallegos, grandote, o a Leopoldo Gil, que mientras mi papá hablaba jugaba con nosotros.

Esa era la rutina en la casa. ¿No salía mucho?

LF: Cuando vivíamos en Ciudad de México salía mucho a hacer diligencias en el centro, cerca del Zócalo, y yo lo acompañaba siempre. Visitábamos tiendas de libros viejos, y luego a veces pasábamos por la casa de alguno de sus amigos intelectuales –tenía tantos amigos que probablemente se reunía con alguno de ellos dos o tres veces a la semana-. Con bastante frecuencia, hacia el mediodía terminaba tomándose un Manhattan en el Bar Nicté-Há, en el Hotel Del Prado, decorado por un inmenso mural de Diego Rivera (hoy en día este mural está en el Museo Mural del pintor). Yo siempre me comía la guinda que venía en la copa ancha. El bar era un lugar oscuro que me fascinaba, me parecía un ambiente mágico. Después agarrábamos un autobús color café que pertenecía a la línea “Mariscal Sucre”, que nos dejaba en toda la puerta del edificio. Aún me parece curioso que el autobús se llamara Mariscal Sucre -el terminal quedaba donde está la estatua de Antonio José de Sucre en la Ciudad de México-.

Varias veces también fue a visitar a un editor con el que estuvo litigando, un señor de apellido Ahumada que le publicó Baedeker 2000 en México y luego surgió algún problema con los derechos de autor.

¿A dónde iban en las tardes, o fines de semana? No como el grupo de los exilados, sino como la familia.

LF: Todos los domingos salíamos a algo, a pasear, al castillo o al zoológico de Chapultepec. De eventos especiales, no nos perdíamos un desfile del 16 de septiembre, el Día de la Independencia en México, que era siempre y todavía es un espectáculo... desfilaban las fuerzas armadas, los charros en sus caballos en orden de color, y todos marchando.

A mi papá le gustaba mucho llevarnos a ver los títeres. En ese momento estaba en boga en México una escritora, la Señora Mireya Cueto, que escribía cuentos para niños, era dramaturga y además titiritera, y tenía un teatro de marionetas en La Reforma que era muy popular entre intelectuales.

También íbamos mucho a la charreada o jaripeo. Se trata de una especie de rodeo, un espectáculo en un lugar parecido a una plaza de toros pero más pequeña, donde los charros hacen cosas increíbles: bailan el jarabe tapatío sobre el lomo del caballo, luego con una reata hacen un ovillo y los demás charros van pasando por encima del ovillo, mientras el charro en la mitad de la plaza mantiene el rizo. Luego sueltan toros y hacen lo que llamamos en Venezuela “toros coleados”. Es una diversión típica de turista que nos gustaba mucho.

Mi papá amaba ir al cine, y en Cuernavaca era prácticamente lo único que hacíamos; íbamos todos los domingos.

AE: La película que más recuerdo de las que vimos fue El Manto Sagrado, con Victor Mature. Después de verla yo le dije a mi papá que quería ser mártir, y él me respondió: “Muy bien, pero tú sabes que los mártires no se casan”. Así que resolví que mejor no.

De Cuernavaca, recuerdo mucho los paseos por la plaza central, con su gazebo, donde a veces había música. También caminábamos por los Jardines Borda, muy cerca de la Catedral de Cuernavaca, por donde paseaba la Emperatriz Carlota. El Castillo de Hernán Cortés lo recuerdo perfectamente, la panadería, los aromas de la diversidad de panes nunca se me olvidan, una venta de tacos... los olores me han quedado.

También recuerdo una salida recurrente que hacíamos en Ciudad de México. Cuando pasábamos por Insurgentes, entrábamos a una platería llamada Milton. Mi papá y mi mamá pasaban horas ahí adentro, cosa que para mí era inexplicable. La verdad es que con los pequeños ahorros que lograban guardar de las remesas que les enviaban, se compraban algún objeto de plata; mi papá consideraba eso una inversión. Mientras tanto, Luis Felipe y yo nos aburríamos dando vueltas entre las vitrinas. Yo me asomaba a la calle y soñaba con la juguetería Ara, que quedaba cerca de ahí. Me divertía entrar porque para mí era lo máximo –aunque seguramente fuera una juguetería normal y corriente-. Lo malo es que no me compraban nada, porque todo era caro.

De cuando visitábamos a los Gallegos, recuerdo mucho a la esposa de Rómulo, Doña ‘Teo’ (Teotiste). Se iba para la parte de atrás de la casa y sacaba un rábano de la tierra, lo llevaba

para adentro y lo lavaba, le cortaba las ramas y luego el piquito, y le ponía chile en polvo. Me lo daba y para mí aquello era la gloria.

¿Cómo era el carácter y su trato personal con Andrés Eloy?

AE: Mi papá era muy afable, y yo me sentía muy protegido por él. En Cuernavaca, yo salía al jardín a jugar con el perro o con Goyo, el hijo del jardinero, y mi papá salía a vernos; nos miraba mucho jugar. No sé si así él se inspiraba, pero en todo caso estaba muy pendiente. Yo tenía siempre una sensación de protección.

No lo recuerdo jamás mortificado, siempre alegre, o al menos manteniendo un gran control. En cambio a mi mamá sí la veía preocupada a veces por algunas conversaciones que tenía con él, supongo que sobre la situación política o la economía personal.

LF: Mi papá era sumamente cariñoso con nosotros, pero a veces podía ponerse muy bravo. Lo que más le molestaba era que Andrés y yo peleáramos, y si nos llegábamos a dar puñetazos salía yo peor parado porque era el mayor. Y Andrés tenía una habilidad: lloraba mucho. Entonces, al verlo a él llorar, se suponía que yo le había pegado, y siempre tenía que esconderme en lo que él comenzara para evitar que me castigaran.

AE: Yo no recuerdo a mi papá particularmente bravo sino en dos o tres ocasiones y por cosas que yo hice, como cuando agarré su pluma fuente y la metí dentro de un botellón de agua. Era una cosa preciosa como la pluma fuente bajaba, dejando una estela azul. Claro, cuando llegaron y vieron el líquido azul y la pluma en el fondo pusieron los ojos en mí: “¡Tú fuiste!” .

Mi mamá nos pellizcaba duro, pero mi papá nunca nos hizo nada, que yo recuerde. Lo que hacía era agarrarse la hebilla de la correa, como diciendo “te voy a dar”. Eso me atemorizaba mucho, pero nunca llegó a darme un correazo.

LF: Una vez en Cuernavaca, llegando del colegio, María de Lourdes Escobar¹⁹ nos regaló unas cajas de dulces parecidas a las cajitas de té de hoy en día; adentro había unas bolitas

¹⁹ María de Lourdes era la esposa de Gustavo Escobar Llamozas, ambos venezolanos; la familia Escobar era muy amiga de los Blanco. “Gustavo filmaba todo”, dice Andrés Eloy

de azúcar de tres sabores que se disolvían en la boca, algo muy novedoso. Pero María de Lourdes había venido con su hija Mercedes, a quien Andrés y yo le teníamos muchísima pena, y cuando fuimos a saludar y mi papá vio que no nos acercábamos a ella, nos dijo: “¡Salúdenla!” Andrés y yo temblábamos porque nos daba pena y él puso furioso, agarró las cajitas de dulces y se la dio a dos muchachitos que estaban pasando por ahí. Así que sí, era estricto, y con valores que todavía no comprendo, muy fuerte con las travesuras que realizábamos.

AE: En las mañanas, cuando corríamos a su cama, mi mamá se iba a hacer el desayuno y mi papá sacaba unos dados de póquer que tenía. Yo era “caraota negra” y Luis Felipe era “arroz blanco”. A quien le saliera el piojo, que era el as, le hacían cosquillas. Ese es un recuerdo muy vivo.

También recuerdo las iniciativas de mi papá por inculcarnos ciertos hábitos, como por ejemplo mantener un diario. Yo tenía una ortografía espantosa y una caligrafía peor, entonces él nos regaló a cada uno una libreta que él mismo inició con nuestros nombres, en marzo de 1955 con su puño y letra. Dice: “Andrés Eloy Blanco Iturbe: Mi Diario”. Comenzó en Cuernavaca. La introducción es la letra de él, pero la escribe como si fuera yo: “*Lunes 28 de marzo: Hoy comienzo este diario donde contaré mi vida. Ayer domingo en la tarde regresamos de México, donde fuimos a ver a Rafael José*”. Luego sigo yo: “*Hoy fuimos a la clase de catecismo... hoy me castigaron en la escuela y me expulsaron. Anteayer vimos la película de Atila Frente a Roma, estuvo muy bonita*”. Y así, lo fui llenando.

Un día después de explorar en Cuernavaca llegué a la casa a decirle que había visto un dragón. Mi papá se dedicaba con paciencia a seguirme la corriente, él no me rechazaba o se fastidiaba y me decía “Sí, sí”; me llamó y me dijo: “¿Viste un dragón? ¿Y cómo era?” Entonces yo le di una descripción del animal que en realidad estaba inspirado en un gallo, un gran gallo. Resulta que después me enteré de que en la tradición china, lo que ha quedado de los dragones son los gallos.

Blanco Iturbe, “y gracias a él se produjeron los únicos *home movies* de mi papá en México”. Gustavo era padre, de un primer matrimonio, de la escultora Marisol Escobar.

¿Qué pensaban de tener un papá poeta? ¿Se sabían algunas de sus poesías?

AE: Yo sabía que era poeta porque lo veía *haciendo* poesías, escribiendo, y mi mamá me decía: “Tu papá está trabajando”. Pero no tenía consciencia de que fuera un poeta de tal o cual categoría. Sí lo oí recitar, pero no para mí, y lo que más me llamaba la atención era cómo la gente lo buscaba y se quedaba oyéndolo. De hacerme aprender sus poesías: nunca. No me hacían aprender nada; de milagro me ponían a hacer las tareas –aunque no era mal estudiante, en Cuernavaca saqué segunda excelencia-.

LF: Yo sabía que era poeta, pero no me sabía muchas poesías ni él nos obligaba a aprenderlas. A mí me daba pánico que me pusieran a recitar. Me sabía solamente El gatito jaspeado, una cosita de apenas 6 líneas (“el gatito jaspeado subió esta mañana hasta el carrusel...”) que escribió en el año 24 en París. No nos leía sus poemas, ni siquiera en su momento el Canto a los hijos. Los escuchábamos cuando los recitaba frente a las visitas, y sobre todo le importaba la opinión de sus amigos escritores como Rómulo Gallegos o Alfonso Reyes.

¿Y comprendían cuál era su otra profesión, de político?

LF: Nosotros no entendíamos qué era la política. Yo sabía que había sido Ministro, que era perseguido, que Venezuela era un sitio donde los militares hacían lo que quisieran siempre... pero no sabíamos muy bien qué era eso.

La Muerte

¿Qué pasó el 20 de mayo de 1955?

AE: Estábamos en Ciudad de México para que mi papá asistiera a un acto en conmemoración de la muerte de Alberto Carnevali, Secretario General de Acción Democrática que murió en la Penitenciaría General de San Juan de los Morros sin atención médica. De paso, porque al día siguiente iba a ser el bautizo de César Miguel Rondón y César Rondón, su papá, había acordado que mi papá sería el padrino (que al final terminó siendo Luis Felipe).

LF: Para conmemorar el aniversario de muerte de Carnevali, Acción Democrática en el exilio había organizado un homenaje en la casa de un venezolano llamado Alberto Aranguren, en la zona de Polanco. Decidimos irnos al D.F. desde el día antes y llegamos a un apartamento que nos prestó un venezolano de apellido Álamo, y en el piso de arriba estaba una amiga de la familia llamada Cecilia Olavarría. Esa noche, Andrés y yo nos íbamos a acostar, y antes de vestirse para ir al homenaje mi papá estaba acostado, en pijama, hablando con un montón de gente alrededor. Me acuerdo perfectamente del chiste que en ese momento y por mucho tiempo no entendí:

“Señora”, le dice el médico a la señora, “le tengo una buena noticia”. Y la señora le dice: “Señora no, Señorita”. “Ay, disculpe, entonces le tengo una mala noticia”.

La gente se desbarataba de la risa, y yo decía: “No entiendo”. Mi papá me respondió: “¡Claro que entiendes!”, y yo insistía que no, hasta que me dijo: “Bueno, yo te lo explico después”. Entonces me fui a dormir.

Mis padres se vistieron y salieron al homenaje, donde mi papá dio un discurso para elevar los ánimos de la comitiva luego de que uno de los oradores hubiese dado unas palabras pesimistas. Luego él mismo dijo sentirse mal, y pidió que lo llevaran a casa de Rafael José como a las 11 de la noche. Allí Rafael José le hizo un electrocardiograma y le dijo que estaba perfecto. Leopoldo Gil, un venezolano que era casi su guardaespaldas y nos visitaba con muchísima frecuencia -casi todos los fines de semana-, iba manejando esa noche, con

su esposa María, Cecilia Olavarría, mi mamá y mi papá como pasajeros. Saliendo de casa de Rafael José, camino al edificio donde nos estábamos quedando, un abogado mexicano que venía borracho se llevó el carro por delante, e impactó justamente el lado del copiloto donde iba mi papá. El carro embistió un árbol y quedó destrozado.

AE: Mi mamá sufrió mucho más físicamente que mi papá, lo que le pasó a él es que tuvo muy mala suerte. Por el choque, mi papá tuvo apenas fractura de dos costillas, pero cuando el carro perdió el control y chocó contra el árbol, desde el asiento de copiloto volteando hacia atrás a ver a las señoras, se le abrió la puerta. Se cayó de espaldas y se golpeó la cabeza contra la acera, lo que le produjo fractura de cráneo y conmoción cerebral.

LF: Los llevaron al Hospital de la Cruz Verde a eso de las doce de la noche. Mi papá murió a las 3 de la mañana.

AE: Hay un cuento de Rafael José que dice que mi papá rezó, o preguntó por mi mamá, o por nosotros... pero por lo que he escuchado del accidente, no creo que haya estado en condiciones de nada de eso. Son cosas que a veces le dicen a uno para reconfortarlo.

¿Cómo tuvieron noticia ustedes de lo que había pasado?

AE: Yo ahí tengo una laguna. No tengo muy claro cuánto tiempo pasó entre el día del accidente y el día que nos avisaron; sé que eventualmente nos llevaron a casa de los Escobar.

LF: Al día siguiente, que era sábado, nos despertamos y vimos que no estaban. Tempranito había llegado María de Lourdes Escobar al apartamento, y cuando le preguntamos por mis padres nos dijo que habían tenido que salir al Hospital Español porque Luisa Elena Neri, la esposa de Rafael José, estaba en trabajo de parto. Nos dijo que hiciéramos las maletas y nos fuéramos con ella, y así nos trasladaron a esa gran casa en el distrito El Pedregal de San Ángel. Pasamos el día entero ahí, pero al llegar la tarde todavía no teníamos noticias de mis padres: todo el día desaparecidos. Empezamos a pedir que los llamaran, pero nos decían que lo de Luisa Elena se había prolongado y seguían allí acompañándola. Se hizo domingo y aún nada; ya nos habíamos empezado a poner nerviosos, y sobre todo confundidos. Sin embargo, jamás pensamos que podía ser algo tan grave. Intentábamos jugar con el hijo de

María de Lourdes, que nos perseguía para que le prestáramos atención, pero Andrés y yo no teníamos ganas.

AE: Yo recuerdo estar muy mortificado. Esa casa inmensa en El Pedregal, construida sobre la lava del volcán Xitle, tenía una especie de caverna donde había una virgen hecha de material resplandeciente –yo pensaba que era mágica-. Fui hasta allá y recé por mi papá y mi mamá, no sé por qué, probablemente tuve un pálpito. Nos inventaban de todo, hasta nos dijeron que se habían ido a Acapulco... yo pensaba que eso era inaceptable: ¿Cómo van a ir a Acapulco y no me van a llevar? Pero Luis Felipe no aceptó ninguna de las excusas, y recuerdo que se escapó de la casa hasta un kiosco donde leyó la noticia en un periódico.

LF: No, eso no pasó. La puerta de casa de los Escobar era demasiado grande y tenía llave, no podía escaparme. Lo que sí puede ser es que ese cuento venga de la relación con los periódicos: los Escobar nos los escondieron, todos los días que estuvimos allí. Yo quería informarme de béisbol y no entendía por qué no había periódicos en ningún lado.

La noche del domingo María de Lourdes nos explicó que nuestros padres habían tenido un accidente y que estaban de mucho cuidado, pero que al día siguiente íbamos a verlos. Llegó el lunes y nada, no nos llevaron... finalmente fue el martes que nos confesó que mi mamá estaba grave y mi papá se había muerto.

El martes en la tarde fuimos a ver a mi mamá, que estaba totalmente vendada, como una momia. También a ella le avisaron de la muerte ese día. Después pasamos cuatro días más en casa de María de Lourdes como dopados, recibiendo visitas y visitas interminables de todos los venezolanos que estaban en México.

¿Cuánto tiempo estuvo Lilina en el hospital?

LF: Salió del hospital a la semana, toda vendada. A partir de entonces tuvo que ir todos los días a hacerse curas. Se había clavado el cenicero del carro de un lado de la cara, y le habían tenido que coser 120 puntos. Sin embargo, tuvo la maravillosa suerte dentro de la tragedia que el cirujano de guardia en la Cruz Verde era el Dr. Fernando Ortiz Monasterio, el padre de la cirugía plástica mexicana, que acababa de terminar su postgrado. A los dos años casi no se le notaba nada, y después de eso nada en absoluto, ni una marca.

AE: Los primeros días de hospitalización mi mamá estaba al borde mismo de la muerte. El accidente le había desfigurado el rostro, prácticamente. Recuerdo cuando nos llevaron a verla, que estaba en un cuarto oscuro, sin ventanas, acostada, mirando hacia arriba. Cuando le dijeron: “Lilina, aquí están tus hijos”, volteó ligeramente a mirarnos y volvió la mirada hacia el techo. Me quedé tieso. No podía hablar y probablemente estaba aún enloquecida por la noticia de la muerte de mi papá.

¿Qué pasó a continuación? ¿Dónde se quedaron y cuánto tiempo esperaron para trasladar a su papá a Venezuela?

LF: Después del accidente, nuestros familiares que vinieron de Venezuela no querían dejar a mi mamá regresar a Cuernavaca; no querían que viera las cosas de la casa y se sintiera peor. El cuerpo no podía ser trasladado a Venezuela porque se necesitaba la autorización de Pérez Jiménez, que estaba de gira por Latinoamérica, así que esperamos viviendo en casa de Juan Pablo Pérez Alfonzo en Ciudad de México.

AE: También la prohibición de traer el cuerpo fue por miedo a que se generaran disturbios por su llegada. Durante todo el mes que tardaron en dar el permiso mi papá estuvo en capilla ardiente en el Panteón Español, incluso con guardia que le puso el Presidente de México Adolfo Ruiz Cortines, que lo admiraba mucho.

LF: Cuando finalmente se dio la autorización, mi tío Juan José fletó un avión para que nos trajera a Caracas a nosotros tres, Tía Totoña y María Teresa Castillo²⁰, que era prima de mi mamá.

Hicimos escala en Mérida (México), en Jamaica y en La Habana, donde estaban todos sus amigos esperándonos y nos llevaron a almorzar a un restaurante cerca del aeropuerto donde se reunían mucho ellos, que se llama Río Cristal. Luego nos regresaron al aeropuerto y seguimos a Caracas. Llegamos a Maiquetía como a las 3 de la tarde, donde el avión fue

²⁰ María Teresa Castillo (1902-2012): Periodista y activista venezolana, que ejerció una amplia labor en el ámbito político y cultural venezolano y fue directiva de innumerables comisiones gubernamentales y fundaciones a favor de la cultura, las artes y la historia. María Teresa y su hermana Alicia, esposa de Juan Pablo Pérez Alfonzo, eran primas hermanas de Lilina Iturbe de Blanco, y su esposo, Miguel Otero Silva, íntimo amigo de Andrés Bello.

cercado por policías para evitar que se acercara la gente que había ido a recibirnos, a excepción de los autorizados como Miguel Otero Silva y mis tíos perezjimenistas, que bajaron el ataúd y lo montaron en un carro fúnebre.

AE: A Luis Felipe y a mí nos bajaron del avión directo a la camioneta Ford de mi Tía Yolanda, y para Caracas a casa de los Penzini. Tía Yolanda era casada con Juan Penzini Hernández, que era perezjimenista y de hecho era el abogado de Pérez Jiménez.

Me llama la atención que la familia tuviese allegados perezjimenistas cuando personas como su papá eran perseguidos por el régimen ¿Eso no causaba roces o tensión?

LF: Mi papá había conocido a Tío Penzini en la época de Medina, y eran íntimos amigos. Él se hizo perezjimenista ya cuando nosotros estábamos exilados, y la única vez que nos fueron a visitar Tía Yolanda y él a Cuernavaca no hubo ningún encontronazo; eran concuñados y amigos. Además, mi papá tenía un carácter ligero, no dejaba que ese tipo de cosa –ni siquiera comentarios directos anti-adechos- le afectaran.

AE: Yo me imagino que podría causar cierto malestar, pero no recuerdo ningún roce. Tío Juan Penzini fue también gomecista, medinista, siempre algo distinto a lo que era mi papá, pero eran muy amigos. Era un gran abogado e hizo grandes negocios representando a mucho perezjimenistas, entre ellos al mayor asesino de la dictadura, Miguel Silvio Sanz, “El Negro Sanz”.

A mi mamá tal vez le afectaba más, pero lo soportó porque estaba casado con su hermana, y sobre todo porque Tío Penzini se portó infinitamente bien con nosotros cuando regresamos a Venezuela.

LF: En el caso de Tío Juan José, el esposo de mi Tía Lola, él simplemente era un hombre de negocios que resultó tener muchos amigos dentro del régimen. Había sido activo en la lucha pro democracia y parte de la generación del 28, pero para el momento de Pérez Jiménez ya no le interesaba. No tenía una postura abiertamente pro-dictadura, sino influencias por razones ajenas a la política.

¿El velorio fue inmediatamente?

LF: No se permitió un velorio como tal, pero Tío Juan José, que era bastante influyente, se molestó y declaró que él iba a velar a su cuñado en su casa. Le dieron autorización y el cadáver fue velado discretamente en casa de Tía Lola en Las Mercedes, donde hoy en día está el restaurante La Castañuela. A la mañana siguiente salió el entierro, al que no nos dejaron asistir ni a Andrés ni a mí.

Luego supimos que había un tumulto de gente en el cementerio esperándolo, y que la Seguridad Nacional tuvo que enviar refuerzos e impidió que los estudiantes que habían ido se acercaran. De todos modos un grupo de ellos se montó en un mausoleo cercano a gritar consignas y por supuesto los agarraron; uno de ellos cuyo nombre lamentablemente no recuerdo murió en la cárcel. Uno de los actos más emotivos fue el de las niñas del Colegio Santa María: la fundadora, la señora Fuenmayor, se llevó a sus estudiantes al cementerio y cuando llegó el ataúd comenzaron a cantar el Himno Nacional. La Seguridad Nacional se tuvo que quedar quieta y no las pudo tocar.

Después de eso, ¿se quedaron definitivamente en Caracas o regresaron a México?

LF: No estaba planteado regresar a vivir allá. Volvimos a México sólo de pasada en el año 57, y después de eso íbamos cada dos años para no perder la residencia mexicana. Pero mis tías convencieron a mi mamá de vender la casa de Cuernavaca; ella en realidad estaba destruida y no podía tomar decisiones, y no se opuso a pesar de que no quería venderla. Yo tampoco quería que la vendieran, ni Andrés. Pero eso se decidió y nos enviaron todos nuestros muebles, libros, todas nuestras pertenencias por barco, que tuvimos guardadas en el sótano de casa de mi Tía Rosario hasta que trágicamente se inundó y perdimos mucho de eso.

En julio de 1956, con el dinero de la venta de la casa de Cuernavaca y la quinta de Plaza Venezuela, compramos una casa propia en Colinas de Bello Monte y comenzamos a ir al Colegio La Salle.

¿Cómo fue ese regreso a México en 1957?

AE: Todo fue a raíz de un incidente relacionado con la Semana de la Patria, una especie de homenaje al Presidente que la dictadura celebraba en el que los colegios tenían que desfilar con sus bandas marciales.

Como a mí me gustaban los uniformes, al entrar en La Salle La Colina me inscribí en la banda con el deseo de ser tamborilero. Llega la Semana de la Patria del 57 y en la lista de los alumnos que tienen que desfilar está mi nombre. Mi mamá dijo: ‘sobre mi cadáver’. Fue a hablar con el director, el Padre Gerásimo, y él le dijo que no se preocupara; sustrajeron mi nombre de la lista y llegado el día no desfilé. Al poco tiempo se llevaron al Padre Gerásimo a la Seguridad Nacional, donde estuvo algunas horas y se portó muy valiente, y a mi mamá la “invitaron” a salir del país, bajo el argumento de que su nombre estaba en una lista de conspiradores de una organización basada en República Dominicana; un invento, en fin, una represalia por lo de la Semana de la Patria.

Frente a esta situación, la familia se espantó de que tuviéramos que salir a un segundo exilio, y mis tíos prepararon un viaje “vacacional” que mantuviera a mi mamá alejada de Venezuela un tiempo. Por eso es que fuimos a México, no completamente por placer.

LF: Llegamos a Cuernavaca en diciembre. Los alumnos del Colegio Cristóbal Colón nos organizaron una misa en la Catedral de la ciudad a la que fueron todos los estudiantes de todos los grados, y el padre nos contó que lo habían convertido en una academia militar. El Obispo de Cuernavaca, Sergio Méndez²¹, ofició la misa e hizo un elogio fúnebre por mi papá.

El 2 de enero de 1958 todavía estábamos en México, cuando nos avisaron desde Caracas que la Aviación se había alzado contra Pérez Jiménez. Nos recomendaron no volver al país todavía, así que decidimos irnos a Nueva York invitados por Tío Juan José y Tía Totoña.

AE: Salimos de Ciudad de México a Nueva York en un tren llamado El Águila Azteca. En un momento del viaje recuerdo haber mirado por la ventana y ver que estábamos detenidos en una estación; corrí fuera de nuestro vagón hacia la parte del comedor y encontré que no

²¹ Sergio Méndez Arceo, además de Obispo de Cuernavaca, fue un apasionado activista de derechos humanos, promotor de la filosofía socialista y uno de los ideólogos de la Teoría de la Liberación en México.

había nada delante de nosotros, luego corrí a la parte de atrás y tampoco había nada ¡Estábamos solos! Al rato llegó otro tren y se nos enganchó y comenzamos el camino hacia el Norte: en ese punto el tren se convertía en El Águila de Texas, estadounidense. Pasamos el Hudson y nos cayó un invierno feroz encima, estaba nevando mucho.

En Nueva York comenzaron a aparecer personajes que yo no conocía hasta el momento: Jóvito Villalba, Rafael Caldera y Rómulo Betancourt. Todos nos regalaron algo distinto: Rómulo me regaló un Pluto de hule-espuma (el perro de Mickey Mouse), que yo llevaba a todos lados y bañaba, Jóvito me dio un banderín... Alguien le regaló a Luis Felipe una base militar que yo sentía que me tenía que tocar a mí. Caldera nos llevó a pasear al Central Park.

LF: El 21 de enero, Jóvito nos llevó a Andrés y a mí a conocer el Empire State; al día siguiente fuimos a visitar a Rómulo Betancourt en su casa en Queens, y en la tarde él se encontró con mi mamá y mis tíos para ver una película de Brigitte Bardot en el Teatro Paris. Esa noche, Tío Juan José invitó a Rafael Caldera a cenar en el restaurante del Hotel Plaza; estaban los tres líderes democráticos de Venezuela exilados en Nueva York en esa fecha. Durante esa cena, que yo me pasé estrenando una camarita 620 Imperial y tomando fotos de todos los presentes como loco, llegó Jóvito a saludar, habló un rato pero no se quedó. A eso de las 11 terminamos de comer, subimos al cuarto y cerca de las 12 y media llamaron de Caracas para decirnos que Pérez Jiménez se había ido. El 24 abordamos el barco para regresar y llegamos el 29.

El Regreso

Regresaron definitivamente a Venezuela después de vivir en unas condiciones muy particulares, en una especie de aislamiento relativo del conflicto político en el país. ¿Les fue difícil adaptarse?

LF: Desde que llegamos a Caracas comenzamos a sentir una presión que nunca sentimos en el exilio. En México nos sentíamos afortunados de que gracias a que mi papá tenía tantos amigos, siempre estábamos acompañados y sentíamos que todo el mundo era nuestra familia; siempre había alguien dispuesto a ayudarnos (a veces demasiada gente dispuesta). Todo el mundo se acompañaba en los ratos de ocio, y existía una solidaridad reverberada por la situación de exilio, porque no todo el mundo estaba en la relativa libertad económica en la que estábamos nosotros gracias a la renta de la casa en Caracas. Por supuesto, al regresar a Venezuela, no volvimos a encontrar esa sensación.

Sobre todo, el gran cambio fue que en México nadie nos obligaba a observar una conducta, pero cuando llegamos aquí se comenzaron a hacer frecuentes comentarios como: “Tú tienes que ser de tal forma, porque si tú te portas mal... Acuérdate que tú eres hijo de Andrés Eloy”. Eso nos hizo querer pasar desapercibidos en casi todos los sitios. Cuando íbamos a actos partidistas, querían que habláramos. ¿Hablar de qué, un niño de 11 años? Me cohibía y me ponía extremadamente tímido. Y cuando empezaban con la “recitadera” yo quería desaparecer. Tenía que aprenderme algo obligatoriamente, así que comencé a aprenderme poemas a escondidas para el día que no tuviera escapatoria. Yo me sabía algunos, pero no quería recitarlos; me escuchaba a mí mismo ridículo y me daba pánico que me obligaran frente a gente que no conocía.

Lo peor fue que el duelo parecía ser interminable. Durante meses después de la muerte de mi papá, la seguimos reviviendo en actos, homenajes, pésames que no paraban de llegar. Hubo un momento en que al menos yo sentía fobia a hablar del tema, no quería seguir estando triste. Estaba cansado.

En medio de aquella situación la figura de Andrés Eloy debió cobrar una importancia especial...

AE: Se convirtió en una especie de símbolo. Cuando llegamos de Nueva York en el 58, paramos en Curaçao o Aruba –no recuerdo cuál de los dos-, y un grupo de oficiales venezolanos subió a bordo a hablar con mi mamá y darle instrucciones. Al día siguiente, llegando a La Guaira, nos mandaron a subir a los tres al lugar de las chimeneas del barco – mi mamá con un velo negro, tétrico-, y al entrar al puerto vemos una imagen colosal de mi papá, como de 20 metros, y docenas de personas esperándonos con banderas.

A partir de ese momento nos comenzó a pegar la euforia de la democracia. A cada rato inauguraciones de calles, colegios, plazas con su nombre, y actos en su honor... porque claro, Andrés Eloy Blanco había sido amigo de los comunistas, de los copeyanos, de todo el mundo.

LF: Recién llegados era una cosa abrumadora, porque de todos los líderes del nacimiento de la democracia el único que no regresó fue él. El primer homenaje fue la inauguración de la Plaza del Polvorín en La Pastora, allá arriba donde empieza el Camino de los Españoles, y lo hizo una fracción de COPEI. Ese día querían que yo hablara, y entré en pánico. Los homenajes eran todos los días, *todos los días*, y eso me comenzó a generar cada vez más angustia. Esto, por supuesto, porque el año 1958 fue de un renacimiento democrático en Venezuela tomado con frenesí.

En julio del 58 fue la inauguración del busto de mi papá en Cumaná. Y el día que llegó Rómulo Betancourt a Venezuela, lo primero que dijo fue: “Y ahora quiero tener con ustedes una navegación de altura, como hubiera dicho nuestro inolvidable Andrés Eloy...” y comenzaron a pedir que subiera mi mamá a hablar. Mi mamá no hablaba, no era oradora, apenas cuando la nombraron senadora comenzó a tomar clases de oratoria. Así que las cosas eran así: como no estaba mi papá, teníamos que estar mi mamá y nosotros en todas partes, de adorno: “Tienen que estar en tal parte, tiene que ir a tal cosa”. Lo que él simbolizaba estaba en su cresta en el año 58, era, con o sin su presencia física, el año más explosivo de su vida. Recorrimos todo el país ese año, de homenaje en homenaje, escuelas, liceos, bustos: Barquisimeto, San Felipe, Valencia, el Ateneo de Maracaibo, muchas veces

a Cumaná, Los Teques. Nos dieron una agenda completa de actividades para que fuéramos como comparsa.

AE: Cada vez que íbamos a un acto alguien se levantaba y le pedía a mi mamá unas palabras. Mi mamá decía que no, que hablaran sus hijos, entonces pedían que hablara el hijo mayor. Luis Felipe decía: “Yo no, Andrés”. Tenía que levantarme y me veía obligado a hablar, hablar y hablar. “Que reciten algo”, entonces eso me obligó a aprenderme pedazos de poemas. Curiosamente, esa manera en que se dieron las cosas me llevó a mí a meterme más en política de mayor, a involucrarme en la interpretación de la lucha política. Terminé siendo yo el orador de la familia, y además yo tenía el nombre de mi papá; era como si el destino lo hubiera ordenado.

Después terminé por aceptar ese papel, me parecía lo mas natural. Por eso en parte yo no estoy seguro si lo que recuerdo de mi papá es lo que realmente viví o lo que no he dejado de seguir viendo en todos lados: tantos homenajes, programas, fotos. Incluso la cara de mi papá, no se si es mi imagen propia o la que tanto se ha publicado.

¿Cómo se comportaba la gente en esos actos u homenajes directamente hacia ustedes?

LF: Todo el mundo nos tocaba. Así comenzamos a ver cómo mi papá adquiría una dimensión distinta: como una cosa mágica. Todos los meses íbamos el 21 al cementerio, hasta que lo pasaron al Panteón, y una vez estábamos allí poniendo flores cuando una señora que venía de ver a sus deudos vio la placa de la tumba y se nos quedó viendo. “¿Ustedes son los hijos de Andrés Eloy Blanco?”, nos dijo, y salió corriendo, nos abrazó y se nos guindó a llorar y llorar. Sentíamos que estábamos siendo protagonistas de una novela que no era de nosotros, y a veces no nos veían como gente sino símbolos, como objetos que él hubiese tenido, un candelabro o cualquier cosa que tocó...

AE: Adonde sea que íbamos la gente pensaba bien de mi papá; eso es bueno y es muy satisfactorio saber que tanta gente lo admiraba y admira. Pero lo curioso siempre fue la pregunta: “¿Qué sientes tú por ser hijo de Andrés Eloy Blanco?” ¿Qué voy a contestar? Mucha alegría y mucha felicidad, sí. Pero hay algo que no contestaba –que nunca contesto cuando me lo preguntan todavía- y es ya más íntimo. Ser hijo de Andrés Eloy Blanco nos

ha afectado de una u otra manera porque la “leyenda” en torno a él nos ha caído un poco encima.

¿En qué sentido?

AE: Cuando éramos pequeños y la gente se nos acercaba y nos presentaban como hijos de Andrés Eloy, la frase siguiente siempre era: “Tú tienes que ser como tu padre”. Cuando a mí me criticaban una actitud política: “Eso nunca lo hubiera hecho tu padre”... Hasta que un día exploté: “Eso es problema de mi papá”.

He tenido que reflexionar sobre eso y darme cuenta de que yo soy yo, pero hay un “yo” que no puedo dejar de ser: él. La gente sigue esperando que uno actúe como lo haría él, y eso es inevitable. La figura de él es muy fuerte; al igual que en el ‘58, todavía hay gente que le da valor a la presencia de cualquiera de nosotros en un acto público sólo porque representamos a Andrés Eloy Blanco.

LF: A Andrés y a mí nos rodeaban muchos presupuestos: “¿Sacaste buenas notas? Claro, tú eres hijo de Andrés Eloy”. Por lo tanto la libertad era relativa; el abanico de lo que podíamos hacer o permitirnos no era muy amplio. Hoy en día pienso que de esa presión social vino el gusto que le agarré a irme de vacaciones solo, a algún lugar lejos, donde nadie me conociera. Me hacía sentir libre. En Caracas no era libre: me mandaban a invitar a fiestas sólo porque era hijo de Andrés Eloy, e iba así no conociera a nadie y a pesar de ser poco suelto, socialmente inhábil, delgadito, chiquito (crecí tarde), y tratar de pasar desapercibido, alguien siempre me reconocía y me decía: “¿Tú eres el sobrino de Totoña, tú eres el hijo de Andrés Eloy?” A continuación me tocaba soportar la pena horrible de que me comenzaran a pasar a todas las niñas para que bailara con ellas. Ese tipo de cosas me hacía sentir extremadamente incómodo. La mayor parte de mi infancia fue así, y después vino una frase de acostumbramiento: o la gente se acostumbró, o lo hice yo.

Más específicamente, ¿Cómo se han manifestado esas expectativas en torno a ustedes, relacionadas con su papá, en su vida adulta?

AE: Creo que mí me ha afectado más que a Luis Felipe, porque él tiene la circunstancia de no ser político. En mi carrera política, ser hijo de Andrés Eloy es la medida de todas mis

acciones. Por ejemplo: yo aspiro a ser Secretario del Congreso, y la otra persona que quiere el cargo dice: “Claro, como Andrés Eloy es hijo del poeta, se lo van a dar a él”. Si gano algo, es porque soy hijo de Andrés Eloy Blanco; si lo pierdo, soy una porquería porque Andrés Eloy nunca hubiera hecho eso. Si hago algo que alguien no quiere: “Andrés Eloy se hubiera espantado”; si hago lo que alguien quiere, soy un buen hijo del poeta. Entonces, ¿dónde estoy yo? ¿dónde aparezco yo? Eso ha sido difícil.

Sin embargo, ser hijo de mi papá nunca ha sido un determinante en mi vida como político o abogado. Yo jamás he hecho algo “porque mi papá lo hubiese hecho”; aún así, siempre he tenido que pensar en mi papá. Sé que tengo un peso encima, que se llama “Andrés Eloy Blanco”; no me pesa para mal, pero es un condicionante. Más de una vez he tenido que pensar en la conveniencia de hacer o dejar de hacer algo, en relación a cómo afectaría la imagen de Andrés Eloy Blanco. Un ejemplo extremo: imagínate que me hubiese robado algo, o hecho negocios turbios. ¡Qué vergüenza para él!

Por otro lado, me siento muy orgulloso de ese mismo “peso” que cargo, porque donde vaya y alguien sepa que soy hijo de Andrés Eloy, siempre obtengo muestras de afecto, y eso es muy satisfactorio.

LF: Llegué a estar ya graduado de médico y una vez saliendo del Ministerio de Hacienda con mucha hambre me metí en un restaurante que quedaba abajo del Centro Simón Bolívar. Estaba comiendo parrilla y un señor que estaba a mi lado conversaba y conversaba conmigo. Me di cuenta de que él no estaba comiendo nada, y como mi ración era muy grande le ofrecí y él dijo “Claro, cómo no”, y se comió toda su parte. Supuse que era uno de esos empleados buscando trabajo que pululaban por el Centro Simón Bolívar. Cuando me despedí de él y le di la mano, el hombre me dio su tarjeta y me dijo: “Yo nunca olvidaré este gesto tan noble de Usted, de darme comida...”. Yo le respondí: “No es nada noble, sino que me trajeron mucha y en vez de botarla por supuesto prefiero compartirla con Usted...”.

Bueno, unos seis meses después fue el traslado de los restos de mi papá al Panteón. El ataúd vino del cementerio en hombros hasta el Congreso y estuvo 24 horas en capilla ardiente en el Salón Elíptico, con guardia de honor. La gente pasaba y pasaba, y nosotros

estuvimos ahí todo el tiempo, sólo turnándonos para dormir. A la mañana siguiente antes del traslado a pie al Panteón, fui a tomarme un café al frente y un hombre se me acercó, se me quedó viendo y me dijo: “Usted fue el que me invitó a comer el otro día... ¡Y usted es el hijo de Andrés Eloy!” Caí en cuenta de que era el mismo señor del Centro Simón Bolívar. Bueno... me abrazó, lloró incontinentemente, dijo todos los elogios que alguien puede imaginar, entre esos algunos con las palabras “magia” y “Dios”. La percepción que la gente tenía de mi papá era prácticamente la de un mito, como si pudiera conceder deseos.

¿Sienten que el legado de Andrés Eloy Blanco está vigente dentro del panorama político actual?

AE: Yo creo que está muy vigente. En primer lugar, porque incluso los adversarios de quienes piensan como yo, tienen a Andrés Eloy como emblema o modelo. Por ejemplo, el Presidente Chávez, que solía expresar rechazo hacia todo lo que represente Acción Democrática, lo tenía como uno de los poetas predilectos –en parte porque mi papá fue el que cantó al bisabuelo de Chávez, Pedro Pérez Delgado-. Andrés Eloy, como siempre se ha dicho, está “por encima del bien y del mal”. De igual forma, los que se oponen al actual gobierno tienen a Andrés Eloy como ejemplo; es decir, en este momento es como un hito en la historia actual, entre otras cosas porque se destacó por promover un pensamiento que no pasa de moda: el que se refiere a la dignidad personal, al pueblo, la pobreza, el derecho ciudadano... Y su pensamiento político nadie lo rebate, porque es el de la lucha por la democracia, por la libertad y por los derechos del pueblo. De manera que todo lo que él defendía y difundía, no sólo está vigente sino que está actualísimo.

LF: No pienso que su pensamiento esté vigente, no porque no fuera universal o valioso, sino porque la sociedad ha decidido olvidarlo. Su legado se ha disuelto en medio de la pirotecnia demagógica. Andrés Eloy Blanco inventó el paradigma del hombre venezolano del pueblo llamado Juan Bimba, un tipo en liqui liqui y alpargatas con un bollo de pan en el bolsillo; él pensaba en el pueblo venezolano como noble, impoluto y esencialmente honesto. Pero hoy en día, entre ese mismo pueblo, su posición frontal contra el militarismo cayó en saco roto... se puede decir, como decía Mario Briceño Iragorry, que es parte de “esa gloriosa estirpe de venezolanos que hemos arado en el mar”. Me parece que al venezolano le han quedado los poemas más suaves de Andrés Eloy Blanco, se sabe

Angelitos Negros, pero nadie recuerda su legado más importante: los discursos, donde está contenido su pensamiento político. Por un militar Andrés Eloy Blanco estuvo en la Rotonda, preso en el Castillo de Puerto Cabello y confinado en Timotes, y por un militar tuvo que salir exilado de su país. El hecho de que ese pueblo que él ensalzaba haya elegido tantas veces en la historia reciente a un militar como gobernante, ignorando la sangüinaria historia de Venezuela, prueba para mí que ese vínculo de la obra de Andrés Eloy Blanco con lo que es realmente el pueblo venezolano se perdió hace tiempo.

CAPÍTULO V

CONCLUSIONES

Luis Felipe y Andrés Eloy Blanco Iturbe tenían cuatro y dos años respectivamente cuando abandonaron indefinidamente su país natal junto a sus padres, perseguidos por un régimen impuesto a la fuerza sobre el primer gobierno democráticamente electo de Venezuela, del cual Andrés Eloy Blanco era Canciller. Debido a su cortísima edad, los recuerdos de los años de su exilio en México son también de los primeros de su vida, y naturalmente han sido alterados por apreciaciones posteriores, el simple paso del tiempo y la ubicuidad de la imagen de Andrés Eloy Blanco en sus vidas luego de su muerte que, como afirma Andrés Eloy hijo, dificulta precisar cuándo una memoria es auténtica y cuándo sugerida por la imagen que ha sido reproducida en actos, homenajes y publicaciones.

Sin embargo, la huella emocional del período de 1949 a 1955 sobrevive en Luis Felipe y Andrés Eloy Blanco Iturbe hasta hoy, y en los recuerdos que ambos alcanzaron a evocar para las entrevistas que constituyen este trabajo se lee nostalgia y una apreciación muy positiva de una experiencia que puede considerarse penosa, como es la prohibición de volver al país de origen. En cuanto al contraste entre la capacidad de recordar detalles entre los entrevistados, se hizo evidente que Luis Felipe Blanco, al ser de mayor edad, también tuvo la capacidad de reflexionar sobre ciertas situaciones que Andrés Eloy pasó por alto, y prestaba más atención a las conversaciones de los adultos. En consecuencia, Luis Felipe pudo referirse a la realización de la propia condición de exilado, hacerse una idea de las razones del exilio y la imposibilidad de regresar a Venezuela, y darse cuenta de las variaciones en la salud de su padre.

Gracias a la cercanía que implicó ser un núcleo familiar aislado, en un país extranjero donde sus padres nunca trabajaron, ambos entrevistados recuerdan muy vívidamente su trato directo con Andrés Eloy Blanco. Coinciden en referirse a su padre como alguien de carácter afable, muy cercano, protector y observador de sus hijos, que además buscó siempre estimular sus inventos infantiles, aficiones deportivas y fabulaciones tanto como

sus hábitos académicos y creativos. Hablan de la disciplina y valores muy fuertes que buscó inculcarles, al igual que una compasión y generosidad que pudieron apreciar en episodios como el del maestro particular de Luis Felipe y, en mayor medida, en su disposición a poner su casa a la orden para quien la necesitara. Sobre todo, las memorias del exilio están pobladas de *gente*, visitas, personajes conocidos de la intelectualidad mexicana y venezolana o simplemente otros exilados como los Blanco, que buscaban en Andrés Eloy ayuda para adaptarse a su nueva condición y apoyo moral –palabras de aliento- para no perder la esperanza del pronto regreso. Aún cuando Luis Felipe afirma que el poeta no se sentía necesariamente optimista sobre la situación de Venezuela en su intimidad, incluso en el exilio y alejado de la arena pública nunca descansó de su papel de líder y orador por excelencia en nombre de la democracia. Igualmente, Luis Felipe y Andrés Eloy hacen constante referencia a la solidez de la comunidad venezolana en México, a una sensación de familiaridad y acompañamiento que seguramente se veía multiplicada en torno a los Blanco por ser Andrés Eloy “amigo de todos”.

Muchos de los recuerdos recopilados en este trabajo se asocian a la cotidianidad, y a hábitos que sugieren que Andrés Eloy quiso mantenerse siempre activo. Luis Felipe, por ser mayor, recuerda mejor los paseos rutinarios por Ciudad de México y, de nuevo, al frecuencia de las visitas. Las amistades, por tanto, fueron clave en la adaptación del poeta y su familia a su nueva condición. Los entrevistados coinciden también en que Andrés Eloy continuó escribiendo –y grabando- rutinariamente en el exilio y que aquello era su trabajo, fruto del cual sería más adelante su último poemario, *Giraluna*.

Por otro lado, la familia Blanco Iturbe asumió el exilio en México como una “suerte” o “privilegio”, tal como refieren los entrevistados, y aprovechó su exilio para conocer el país: desde la costa del Pacífico, pasando por la ruta de la Independencia hasta los sitios arqueológicos a las afueras de México D.F. y Cuernavaca. De igual manera, son recurrentes las memorias asociadas a salidas por diversión, en familia o con amigos exilados, caminatas por la ciudad, visitas al zoológico o al Parque de Chapultepec, al cine, al teatro; en resumen, el exilio de Andrés Eloy Blanco, a pesar de las dificultades económicas y el dolor que representó, no fue uno vivido por él y su familia con depresión ni zozobra, y aquellas

angustias que naturalmente debieron surgir en él no llegaron a trascender hacia sus dos hijos.

Luis Felipe y Andrés Eloy recuerdan la relación de sus padres como muy sólida, infranqueable ante sus ojos, y siempre marcada por la cooperación y el buen trato. Afirman también que sus únicas imágenes de Andrés Eloy molesto respondían a peleas entre ellos dos, por lo que se puede concluir que la unidad dentro de la familia siempre fue el máximo valor. También hacen referencia en varias ocasiones a la colaboración de familiares de Andrés Eloy y Lilina en Venezuela, que enviaban remesas mensuales diligentemente y que luego, frente a la tragedia de la muerte de Andrés Eloy, acudieron a prestar su apoyo, independientemente de sus inclinaciones políticas. En ese sentido, es notable la buena relación que los entrevistados recuerdan entre el poeta y sus cuñados adeptos o partícipes del régimen militar encabezado por Marcos Pérez Jiménez, que fue la causa misma de su expulsión del país. Con ese recuerdo se refuerza aún más la noción de Andrés Eloy como “amigo de todos”, pero claro y comprometido con sus convicciones políticas y morales.

Luego, Luis Felipe y Andrés Eloy dan a entender el gran choque que significó pasar de la vida tranquila y relativamente anónima de México, a estar en la mira pública una vez muerto su padre y trasladados sus restos a Venezuela. El final de su exilio coincidió con la salida de Pérez Jiménez del poder y el surgimiento de lo que ambos llaman “la euforia democrática”, un sentimiento que se apoderó del país y que fue motor de una reivindicación popular de Andrés Eloy Blanco, el “único líder de la democracia que no regresó”, como expresa Luis Felipe. Ambos entrevistados recuerdan el año de 1958 como lleno de actividades en todo el país para rendirle homenaje al poeta, y aseguran que como sus descendientes directos tuvieron que asumir un papel de símbolo, que vino acompañado, además, de altas expectativas y suposiciones sobre su conducta –que debía ser “digna” de asociarse al nombre de su padre o representar los valores que se asociaran a él-.

Respecto a esas exigencias que comenzaron a aparecer de ser buenos representantes de su padre, incluyendo servir de oradores en actos públicos relacionados con Andrés Eloy Blanco, además de ser excelentes estudiantes, observar una buena conducta, y otras expectativas más privadas, Luis Felipe expresa una actitud de mayor desagrado, y afirma que de esas restricciones nació en él un deseo de libertad. Para Andrés Eloy, sin embargo,

asumir el rol de ser un representante de su padre frente al ojo público vino de una forma más natural, y de hecho eligió hacer de la lucha política dentro de Acción Democrática su carrera. Lógicamente, el “peso” de ser hijo de una figura política casi mítica –“por encima del bien y del mal”- ha sido sentido por mayor tiempo y con mayor intensidad por Andrés Eloy. Sin embargo, ambos entrevistados afirman que incluso hoy en día la imagen de Andrés Eloy Blanco sigue estando dotada de un cierto carácter de leyenda que continúa afectándolos en tanto alguien los reconoce como sus hijos.

Finalmente, Luis Felipe y Andrés Eloy difieren en su visión del legado de su padre en el contexto sociopolítico actual. Andrés Eloy afirma que sigue estando vigente en cuanto todavía es tomado en cuenta por todos los grupos que hacen vida política en Venezuela, independientemente de si su ejemplo es o no efectivamente puesto en práctica. Eso es, según asegura, gracias a que el pensamiento de Andrés Eloy Blanco abarcaba temas irrefutables y que jamás pasan de moda: la pobreza, la democracia, la libertad personal y los derechos ciudadanos. Por otro lado, Luis Felipe dice que si bien es cierto que esos postulados son universales y atemporales, la conexión de la obra de Andrés Eloy Blanco con el concepto de “pueblo venezolano” que el poeta tenía y expresaba ha sido invalidada por el paso del tiempo; en su opinión, la tendencia militarista que las masas populares han expresado en sus decisiones políticas en la historia reciente divorcian el pensamiento de su padre de la sociedad actual, pues precisamente fue el militarismo el mayor enemigo de Andrés Eloy Blanco durante su vida.

Para la autora de esta investigación, la figura de Andrés Eloy Blanco ha sido la de un héroe civil de aquellos que han sido sepultados progresivamente bajo la exaltación de distintos héroes militares en años recientes. No solamente es favorable para el país el rescate de la figura del civil como modelo, sino la degradación de la figura del “héroe”, del “mito”, para lo cual un trabajo como el presente puede representar un aporte valioso. Andrés Eloy Blanco fue un incansable luchador pero también un ser humano con debilidades, defectos, afectos, talentos que supo explotar y poner al servicio tanto de sus propias aspiraciones individuales como de su patria; fue un padre y esposo, al igual que la mayoría de los hombres venezolanos, que con el ejercicio de un temple y generosidad admirable convirtió una experiencia que pudo ser una pesadilla en un “exilio dorado” –al igual que lo hicieron

muchos otros venezolanos exilados, solidarios y unidos-. El presente trabajo constituye una recopilación de anécdotas que permiten ver a Andrés Eloy Blanco en sus momentos de mayor vulnerabilidad y se espera que con ello se logre revivir su carácter de símbolo, ya no con los rasgos de un personaje legendario, sino de lucha, compromiso y humanidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Blanco, L. y Blanco, A. Entrevistas realizadas entre enero y febrero de 2013.

Blanco, L. (1997). *El hombre cordial*. Caracas: Banco Provincial.

Leñero, V. y Marín, C. (1986). *Manual de periodismo*. México: Editorial Grijalbo.

Miliani, D. y Rivas Dugarte, R. (1996). *Andrés Eloy Blanco: Poesía*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Randall, D. (2008). *El periodista universal*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.

Ronderos, M., León, J., Sáenz, M., Grillo, A., García, C. (2002). *Cómo hacer periodismo*. Bogotá: Aguilar.

México y Venezuela Solidarios (Comp.) (1987). Caracas: Confederación de Trabajadores de Venezuela.

ANEXOS

ANEXO A

(INSTRUMENTO)

Temario básico para las entrevistas

- Primer recuerdo de Andrés Eloy Blanco
- Realización de la condición de exilados
- El sentido de pertenencia (en México y posteriormente en Venezuela)
- El día a día familiar
- La relación entre Lilina y Andrés Eloy Blanco
- El dinero y el trabajo en México
- Amigos y aliados de Andrés Eloy Blanco
- Luis Felipe y Andrés Eloy en el colegio mexicano, su relación con los demás
- Viajes de la familia, lugares y paisajes recordados
- La relación con la comunidad de exilados
- Las celebraciones en familia (Navidades, cumpleaños, fiestas patrias)
- La poesía y la política
- Recuerdos de las mudanzas en México
- Las mascotas
- La condición de salud
- La cercanía, el trato directo
- Las mañas o hábitos de Andrés Eloy Blanco
- La fraternidad, la relación entre los dos hermanos
- La muerte de Andrés Eloy Blanco
- El regreso a Venezuela, la familia de Andrés Eloy Blanco en Caracas
- La relación con su padre posterior a su muerte. La construcción de su imagen, hasta qué punto se nutre de su imagen pública.
- Sus deseos en relación al legado de Andrés Eloy Blanco

ANEXO B

(INSTRUMENTO)

Cuestionario

- ¿Cuál es tu primer recuerdo de tu papá?
- Estando en México, ¿en qué momento te diste cuenta de que estaban exilados? ¿Entendías lo que eso significaba?
- Siendo extranjeros, ¿se sentían fuera de lugar o alienados en México?
- ¿Cómo describirías la cotidianidad en la casa?
- ¿Cómo se llevaban tu mamá y tu papá?
- ¿Tus papás trabajaron en México? ¿De dónde venía su manutención?
- ¿Cuáles son los amigos de Andrés Eloy que más recuerdas?
- ¿Cómo fue la experiencia de ir al colegio en México?
- ¿Qué tanto conocieron de México durante el exilio? ¿Viajaban mucho?
- ¿Cuál era tu percepción de la comunidad de exilados en México?
- ¿Qué pensabas de tener un papá poeta? ¿Te hacían aprenderte sus poemas, o te los leía? ¿Y tenías consciencia de que su otro trabajo era la política?
- ¿En cuántos lugares distintos vivieron en México? ¿Cómo recuerdas cada uno?
- ¿Tuvieron mascotas?
- ¿Cómo se adaptó Andrés Eloy a vivir en México? ¿Afectó su salud?
- ¿Cómo describirías tu trato directo con tu papá?
- ¿Qué mañas o hábitos recuerdas de Andrés Eloy?
- ¿Cómo se llevaban ustedes dos entre hermanos?
- ¿Cómo fue la muerte de Andrés Eloy y cómo se enteraron ustedes?
- ¿Cómo fue el regreso a Venezuela? ¿Qué cosas o cambios te impactaron del trato de la gente aquí?

- ¿Sentiste expectativas o predisposiciones de la gente hacia a ti por ser hijo de una persona tan conocida?
- ¿Sientes que está vigente el legado de Andrés Bello en el panorama sociopolítico actual?

ANEXO C
FOTOGRAFÍAS



Andrés Eloy y su hijo Luis Felipe en el Central Park de Nueva York en diciembre de 1948.



Andrés Eloy y sus dos hijos en Cuernavaca.



Andrés Eloy y Luis Felipe, recién llegados a México.



En la Feria Agrícola de Cuautla. De izq. a der.: Celia Jiménez, dirigente del Magisterio Venezolano y miembro del Partido Comunista, Andrés Eloy con sus hijos Andrés Eloy y Luis Felipe (el más alto), María Gil –presente en el accidente de 1955- y Lilina de Blanco.



Izquierda a derecha: Celia Jiménez, Andrés Eloy y Lilina con su hijo Andrés Eloy.



Tarjeta de felicitación de 1965 del entonces expresidente mexicano Lázaro Cárdenas y su esposa.



Lilina, ya en Caracas, junto al mueble construido por el mismo Andrés Eloy para la televisión en México.



De izquierda a derecha: Luis Felipe, Lilina, Andrés Eloy, Celia Jiménez y Pili y Paloma Campesino.



Fotografías de Andrés Eloy Blanco Iturbe en su primer cumpleaños en Caracas, cuando aún no había podido reunirse con sus padres. La letra es de Rosario Blanco.



En Ciudad de México. De izquierda a derecha: Luis Felipe, Rómulo Montilla, Andrés Eloy, Carlos Henríquez (hijo de Rigoberto Henríquez Vera), Diana Montilla y Rómulo Gallegos.



Izquierda: Luis Felipe
demuestra sus dotes de lector
precoz en Cuernavaca.

Abajo: Andrés Eloy posa junto
a César Rondón, con su hijo
César Miguel en brazos.





En la piscina de la casa de Cuernavaca de los Escobar, Luis Felipe (adentro) y Andrés Eloy.



Luis Felipe y Andrés Eloy; les gustaba vestirse de charros para ir al Bosque de Chapultepec.